TEATRO

ANTIGUO ESPAÑOL.

Comedias Escogidas.

ENTREGA 9a.

Se vende en las librerías de Ale
calle de Carretas n. 3 y de Denn
lle de Jardines n. 17 cuarto prin

Rojas



TEATRO
ANTIGUO ESPAÑOL.

Imprenta de D. F. Grimaud de Velaunde,
calle de la Cabeza, núm. 12.

EN

MADRID Y EN UNA CASA.

COMEDIA EN TRES ACTOS,

DE

D. FRANCISCO DE ROXAS Y ZORRILLA.



MADRID.

Librerias: de don José Alegria, calle de Carretas, 8; de Denné, calle de Jardines, 17.

1837.

En Madrid y en una casa.



Abre y salgamos de aquí,

Act. III. Esc. IV

PERSONAS.

D. Gabriel *Zapata.*
D. Gonzalo *Mejia.*
D. Pedro *Rojas.*
D.ª Manuela, *Condesa viuda.*
D. Luis, *hermano de*
D.ª Leonor *Arrellano.*
D. Juan, *apoderado de Doña Manuela.*
Nuñez, *escudero de doña Leonor.*
Ortiz, *dueña de doña Manuela.*
Majuelo, *criado de don Gabriel.*
Guzman } *criados.*
Pacheco }
Dos ciudadanos y jente del pueblo.

La Escena es en Madrid.



ACTO PRIMERO.

DECORACION DE CAMPO.

ESCENA PRIMERA.

Don Gabriel y Majuelo, de camino.

D. Gabriel.

Yo sé, que este casamiento
mis sosiegos encamina;
y que doña Serafina
tiene igual merecimiento
al de un título.

Majuelo.

Tendrá,
que es hija de don Andres
de Silva, y el interes
de su dote obligará
todo principal respeto:
¿pero sin haberla visto
aceptarla? vive Cristo
que es necedad del discreto
la que hiciste.

D. Gabriel.

Cortesias
de su padre me obligaron,
que al noble siempre prendaron
el cariño; los seis dias
que en su casa huesped fui.

Majuelo.

¿Y en seis dias no podia
permitirse el que se viera
esa dama duende?

D. Gabriel.

Sí,
pero asiste en el colejío
de las doncellas, aquel
que dió celestial laurel
á su dueño, y privilejio
á la sangre bien nacida
que en él abona su empleo.

Majuelo.

El cardenal Silíceo
le fundó, cosa es sabida:
juventudes guarda bellas:
que en tiempo de Mauregato,
cumplieran con el contrato
de las tales cien doncellas,
que afrentaron á Leon:
mas ya no hai de esos metales,
porque doncellas, y reales
se nos vuelven en vellon.

D. Gabriel.

Maliciosos como tú
satirizan opiniones,
dignas de honrosos blasones.

Majuelo.

Aunque vengan del Perú
virjinales intereses,
hallarlas es maravilla;
pues despues, que hai en Castilla
barbirubios jenoveses,
dicen, que es cosa tan rara,
que no se ha de hallar en ella
un doblon, ni una doncella,
por un ojo de la cara.

D. Gabriel.

Mientes tu, y mienten tambien
los que eclipsando noblezas,
se atreven á mil bellezas,
dignas que lauros las den,

mas que las que celebraron
historias en bronce escritas;
en España hai infinitas,
que la opinion heredaron
de las que en el siglo de oro
blasonan eternidad.
¿Negará tu necedad
en ofensa del decoro
de España esta certidumbre?

MAJUELO.

Pregúntaselo á Madrid,
que hai quien niegue que hubo Cid
dando á Burgos pesadumbre:
ha llegado la arrogancia
de un coronista sin seso,
á negar, que estuvo preso
en Castilla el rei de Francía,
¿y te causa admiracion
negar yo, sino lo viste,
una cosa, que consiste
en no mas de la opinion?
Plinio afirma con certeza,
deja, que ejemplos elija,
que siempre la lagartija
tiene dolor de cabeza,
y que las veces que mira
al hombre, cesa el dolor:
¿donde estudió tal autor
tan prodijiosa mentira?
¿dijóselo alguna de ellas?
Del Fenix cualquiera escribe,
que un siglo en Arabia vive,
y que de fragancias bellas
construye pira, y siendo una,
á un tiempo muere, y renace,
y eternizándose, hace
del mismo sepulcro cuna;
pero dime tu de alguno,
que de que la vió se alabe,

que la hai, cualquiera lo sabe,
aunque en la esperiencia ayuno.
Pues lo mismo afirmó yo
de nuestras finezas bellas,
todos dicen que hai doncellas,
pero ninguno las vió.
Bien dicen, que el Tajo hechiza
á quien beberle apetece,
que á los hombres entontece,
y á las hembras sutiliza;
y probar contigo puedo,
que á tu patria fuiste ingrato:
en Sevilla celibato,
y ya casado en Toledo.

D. Gabriel.

Hasta ahora no lo estoi;
don Andrés es jeneroso,
dote ofrece caudaloso,
con Serafina, no soi
tan rico, que el desearlo
me esté bien: desperdicié
mi patrimonio, y quedé
otro hijo pródigo; hallo
nobleza, virtud, y hacienda
juntas en una mujer.
El pobre no ha de escojer;
al amor pintan con venda
en prueba de estar desnudo,
y digo yo que será,
porque en fé, que pobre está
ciego admite, otorga mudo.
Mira, Majuelo, en la China
es costumbre el apartar,
cuando las quieren casar
las doncellas: peregrina
nacion en todas sus cosas,
creerásme cuando lo leas,
ponen á las ricas feas
á un lado, y á las hermosas

á otro, aunque sea su herencia
de caudal y estimacion:
llegan luego los que son
de mas lustre, y preminencia,
y escojiendo cada cual
la hermosa, que mas le abrasa
sin tener dote, se casa
con ella, por ser igual
la hermosura á la belleza,
y despues que las hermosas:
son de los nobles esposas,
reparten en la pobreza
de los otros las no tales;
y dánlas, que es medio sabio
para no hacerlos agravio,
y desposarlos iguales,
los dotes de las hermosas,
de suerte que á mas fealdad
añaden mas cantidad,
y todas vuelven gustosas.
Pobre soi, cuando me vea,
como en la China casado
podré vivir consolado,
que rica no hai mujer fea.

MAJUELO.

¿Y si de tus pretensiones
esta vez salieses bien?

D. GABRIEL.

¿Qué esperas tu que me den
por papeles, y borrones,
despues que mi padre es muerto,
que en Flandes al rei sirvió,
y esta herencia me dejó?

MAJUELO.

Asi dijo un hombre tuerto,
que en la guerra le dejaron
víudo de un ojo; pedia
á un príncipe á quien servia,

una bandera: pasaron
meses, y años sin que de él
se doliese, aunque premiaban
otros muchos, que llevaban
mas ſavores que papel:
gastó su pobre caudal,
y á vuelta de su paciencia
alcanzó una vez licencia,
y dándole un memorial,
dijo: señor, ¿quién pensára
que á venderse la bandera
que pido, no se me diera
por un ojo de la cara?
Estaba yo consolado
de saber ¡qué necio antojo!
que se compraban á ojo,
viendo que uno me ha costado:
mas, pues en fin se me veda,
diga si premiarme trata,
un real para otro de plata,
y ojo al ojo que me queda.

ESCENA II.

Don Gabriel, Majuelo y dos Cortesanos.

Cortesano primero.

¿Los reyes, y su hijo hermoso
son estos?

Cortesano segundo.

Cada año vienen
á san Blas, con que entretienen
de este lugar populoso
deseos, que si descansan,
creciendo su hidropesía,
aunque los ven cada dia
nunca de verlos se cansan

PRIMERO.

Festivas carnestolendas
nos pronostican.

SEGUNDO.

Tambien
los concursos que se ven,
entapizar de meriendas
esa cuesta de san Blas,
brindan á que se diviertan:
todo gusto, tanta huerta,
como á sus pies viendo estás,
aun no tienen provision
de cardos, y de ensaladas,
si besugos, y empanadas.

PRIMERO.

¡Apacible confusion!

SEGUNDO.

Atajemos por aqui:
verémoslos mas de cerca.

ESCENA III.

precedentes y un tropel de gente, que sale por un lado y entra por otro.

PRIMERO.

El rei, el rei.

SEGUNDO.

Ya se acerca.

D. GABRIEL.

Nunca yo á los reyes ví;
ven Majuelo, gozaremos
este asomo de deidad
humana.

MAJUELO.

Dí majestad,
que no es bien que idolatremos.

ESCENA IV.

Váse MAJUELO, y al irse á entrar don GA-
BRIEL, sale al encuentro doña MANUELA ta-
pada y le detiene.

D.ª MANUELA.

Escuchad avisos
de una voluntad,
don Gabriel Zapata,
que no os quiere mal.
Tiempo habrá de ver
á su majestad,
cuando dé la vuelta
de Atocha y san Blas:
yo soi una espía,
que siguiendo os vá
los pasos, y empleos,
amante y fiscal.
Pluguiera al amor,
que al paso que dais,
cuidado á los ojos,
discreto y galan;
no dierades fácil,
que vituperar
á quien quereis menos,
cuando os quiere mas.
Hízoos jeneroso,
la mas principal
sangre de Sevilla,
que dejenerais.
Si á crueles celos;
no dierais lugar,
vos fuerades dueño
de mi voluntad.
Travesuras vuestras
consumido os han,

sino la salud,
la opinion que es mas.
Venis á la corte
á lisonjear
ministros del humo,
todos vanidad,
que prometen mucho,
no cumplen jamas.
Si en papeles solos
pretendeis fundar,
servicios difuntos
derrotado entrais,
porque en tanto golfo,
¿qué puede durar,
barco de papel,
que sobre agua vá?
Aqui solamente,
no teme huracan,
ni hunde, ó zozobra
bajel de metal.
Tormenta os anuncio,
porque escollos hai
en Madrid terribles,
que os han de anegar.
Sirenas hermosas
blasonan verdad,
la mitad mujeres,
monas la mitad.
Si enamoran vistas,
y encubren el mal,
con olas de gala,
sirenas serán.
No sois vos Ulises
ni os sabreis atar
al mástil, cual él,
don Gabriel, ¿qué vá,
que de Palinuro
nos representais
trajedias antiguas,

que llore esta edad?
Ya yo sé que ofende
el aconsejar,
don Gabriel, á secas:
pobre sé que estais,
obras y palabras
tienen eficaz
fuerza en persuadir
gustos mejorad,
que quien cuidadosa
de vos, espiar
supo vuestra vida
dos años ha, y mas,
como dueño os hizo
de su voluntad,
dueño de su hacienda
tambien os hará.
La prenda que os busca
tiene hacienda igual,
si no á sus deseos,
á su calidad.
Noble la veneran,
blasones la dan
los que la conocen,
no sé si es verdad,
de hermosa y discreta;
solo puede hechar
menos la ventura,
que vos la querais.
Mirad si os sentis
dispuesto á pagar
con amor finezas,
y si libre estais
de empeños forzosos,
que la mocedad
en años traviesos
los suele adeüdar.
Saldré por fiadora
de una voluntad,

ahora en enigma,
despues en disfraz,
que os hará su esposo,
dando que envidiar
á mas de un deseo.
Yo tu piedra iman,
cuidaré contarte
los pasos que andas,
inquirir visitas,
galanteos vedar,
si sales de noche,
como y donde vas,
porque no hai finezas
sin autoridad.
Mas si sois prudente
mientras no mudais
de costumbres mozas,
no me deis pesar
en querer saber
quien es la que os dá
amantes avisos,
porque es por demas,
mientras yo no guste
el averiguar
misterios que oculta
mi sagacidad;
los reyes y grandes
salen de san Blas:
el pueblo los sigue,
no me respondais,
que he de hacer ó no
lo que dicho os ha,
quien, como así os quiere,
sabrá lo demas:
y á Dios por ahora. (*)

(*) Quiere detenerla, pero se meten de
or medio muchos de tropel, que no hacen
as que atravesar el escenario.

D. GABRIEL.

Oid, escuchad.

CORTESANO PRIMERO.

Aquel es el coche
de su majestad;
corramos señores.

CORTESANO SEGUNDO.

Hacia el prado va,

CORTESANO PRIMERO.

Venid.

MANUELA.

Don Gabriel,
lo dicho, y no mas. (Vase.)

ESCENA V.

Don GABRIEL y MAJUELO.

GABRIEL.

¡Qué estoi loco te confieso
con semejante suceso,
en novelas nunca escrito!
¿Si duermo? ¿si estoi sin seso?
Hai caso mas inaudito
¡Válgate Dios por mujer!
yo llegué á Madrid ayer,
en Toledo me detuve
seis dias que en él estuve.
la vida quiero perder:
si yo en la posta partí
de Sevilla, siendo así,
¿en qué alas, ó en qué nube
pudo esta mujer seguirme?
¿quien, sin conocerla yo,
de mi vida la ha informado?
Cúlpame de poco firme;
todo cuanto me pasó
en dos años me ha contado;
estoi desacreditado
con ella, y me quiere bien;

prendas tiene, y no sé á quien
deba agradecerla tanto;
misterios, en fin, de un manto,
que no son vistos y ven.
Alto amor, ello dirá:
que no procure saber
quien es me manda, escusado
precepto, fuerza será,
si no se permite ver,
cumplir lo que me ha mandado:
en buen laberinto he entrado,
sáqueme amor de su enredo,
porque yo no sé ni puedo.
Dos damas en fin conquisto,
que en toda mi vida he visto,
una aquí y otra en Toledo.

ESCENA VI.

D. Gonzalo, de camino y don Luis.

D. Gonzalo.

Llegó del modo que os digo,
por la posta don Gabriel
Zapata á nuestro Toledo,
y hospedole don Andres
de Silva en su misma casa,
haciéndole detener
en fe de amigo seis dias,
mil para mí, que no seis.
Supo que necesidades,
mal empleadas en él
por ser noble, le traian
á esta corte á pretender.
Fué su padre gran soldado,
y á coronar el laurel,
hazañas en nuestro siglo,
como en los otros, yo sé
que oblaciones fueran premios

limitados: el ingles,
el belga, Francia, é Italia
sus abonos pueden ser.
Murió y dejole esperanzas,
que cifradas en papel,
no consiguen, si autorizan,
cobran mal y abogan bien.
Una limitada herencia,
don Luis en el poder
de una juventud briosa,
y en Sevilla, ya vos veis
si á combates de hermosuras,
y ocasiones, podrá hacer
resistencias tan bastantes
que se conserven en pie.
Don Gabriel sirva de ejemplo,
pródigo Alejandro ayer,
y hoi tan Lázaro, que huye
solamente porque lo es.
Su huesped, que jeneroso
de su padre amigo fué,
y reconoce en el hijo
prendas, que estimaba en él,
quiere darle á Serafina,
cuando vuelva, por mujer:
viejo el suegro, el yerno pobre;
la avaricia huyó esta vez.
Unica heredera suya
es Serafina, en quien ven
los mas desinteresados,
Indias de hermosura, en quien
quiso la naturaleza,
asombrándonos, hacer
un mayorazgo de gracias,
para envidiarlas despues.
Su vecino, y tan cercano
de su casa me crié,
que como á Píramo, y Tisbe
nos dividió una pared:

casi desde que naci
me enseño amor á beber
nectar, veneno en sus ojos,
siendo asi: ¿como podré
hidrópico en su hermosura
vivir amigo, si en el
amante ya de costumbre,
s'iyo desde mi niñez?
Murió su madre, y dejola,
como el abril al clavel,
en retiros de esmeralda
asombros de rosicler.
Diez veces habia corrido
las posta el planeta rei,
por el curso de sus años,
desde el Aries, hasta el Pez,
cuando acuerda, y recelosa
en su padre la vejez,
quiso desmentir espias,
que el previno, y yo lloré.
Encerrola en el colejio
de aquel vedado Aranjuez,
de hermosuras jenerosas,
vírjen carcel, noble Arjel.
Ausentóseme la vida,
sin alma, amigo quedé.
Seis años ha que lo ignoro,
cadáver vivo otros seis,
esperanzas solamente,
la costa pueden hacer,
á tormentos purgatorios,
aguardando, á que despues,
que con su clausura cumplen
ocho años ¡plazo cruel!
las que aquel presidio guarda,
trasplantadas del verjel
de Diana, al de himeneo,
puesto que es prision tambien,
truecan en yugo amoroso,

por el tálamo la red.
Dilijenciaba esto yo,
midíante el ministro fiel
de un ajente, prima suya,
que entraba á verla tal vez,
y puesto que persuadida
de sus ruegos, y en papel,
de cuando en cuando admitido
pudieran en ella hacer,
lo que en Danae el oro,
no la convencen; si bien,
ni Venus se rinde á Adonis,
ni Apolo se huye laurel.
Entre severa apacible,
leia, sin responder,
desesperando esperanzas.
ni todo amor, ni desden.
Pero ya se ha declarado,
porque en llegando á saber,
que su padre y mi enemigo
la casa con don Gabriel,
hipócritas obediencias
me intima, ¡que mucho, si es
lo estrajero apetecible,
yo infelice, ella mujer!
Retratóle su padre,
galan, discreto, cortés;
el lienzo fué su mudanza,
mi desdicha dió el pincel;
hermosuras encerradas
en carcel donde sabeis,
que es Labán la dilacion,
y la juventud Raquel,
¡que no acabaran con ellas!
¿si en fin, el apetecer.
tálamos las fuerza tanto,
como túmulos despues?
En efecto don Luis

á ésta Córte llegó ayer,
mi rival á pretensiones,
y yo celoso trás él
vengos á prevenir engaños,
que como vos me ayudeis,
desembarazando celos
mi dicha han de disponer.

D. Luis.

No es mui dificil la empresa,
que en Madrid halle ocasiones
toda juventud traviesa;
leteos de obligaciones,
mas dificultosas que esa,
con que mudar voluntades:
¿visteis á don Gabriel vos?

D. Gonzalo.

Celos, y curiosidades
nos juntaron á los dos,
y á confesaros verdades,
partes le han dado los cielos
dignos de estima y valor,
para aumentar mis desvelos.

D. Luis.

Pintan al competidor,
como á un Narciso los celos,
¿sabe quién sois?

D. Gonzalo.

Si sabrá
que habiéndonos encontrado
en Toledo, claro está
que noticia le habrán dado
de mí

D. Luis.

Si la tiene ya
de que á Serafina amais,
y si os vé aquí, será forzoso
receláros.

D. Gonzalo.

Agraviais

mi amor, que por injenioso
es bien, que en mas le tengais.
Nadie en Toledo ha sabido,
si no es su prima, y mi dama,
quien es la que ha consumido
mi verde abril en la llama,
de quien mariposa he sido.

D. Luis.

¿Y hala visto don Gabriel?

D. Gonzalo.

¿De qué suerte? si no admite
el colejio que haya en él
locutorio en que visite,
si no es mui deudo.

D. Luis.

¡Cruel
observancia vive Dios
para ociosas bizarrías!
¿mas os persuadireis vos,
que desvelen tiranías
de amor sin ojos?

D. Gonzalo.

Los dos
veremos de esta aventura,
el fin, y si Serafina
mis temores asegura.

D. Luis.

Pues bien, ¿cómo determina
desazonar la ventura
de don Gabriel vuestro amor?

D. Gonzalo.

¿No teneis aqui una hermana?

D. Luis.

Tiéneme doña Leonor
por padre.

D. Gonzalo.

¿No es soberana
su belleza?

D. Luis.

Su valor,
don Gonzalo, es el que estimo
en mas, aunque se ecsajera
por sol.

D. Gonzalo.

Con eso me animo,
á intentar una quimera,
que ha de hacerme vuestro primo
y atajar el desatino
de mis celos, y ha de ser
un enredo peregrino.
Don Luis, vamosla á ver,
direoslo por el camino. (Vanse).

ESCENA VII.

ña Leonor con manto, Nuñez y don Pedro.

D. Pedro.

El bien que en serviros medro
limitármele es crueldad.

D.ª Leonor.

Vuestra hermana acompañad,
que es razon, señor don Pedro.
Háme en su coche traido
hasta mi casa, ya está
á mis puertas, no os doi
permision, por comedido,
que acercándose la noche,
querais, por ser cortesano,
que yo le usurpe á su hermano,
ya que embarazé su coche.
Entraos, suplicoos, en él,
que va sola, y no es razon.

D. Pedro.

Encubris, en conclusion

atributos de cruel
con disfraz de cortesía.

D.ª Leonor.

No habeis de pasar de aqui.

ESCENA VIII.

Los mismos, doña Manuela de viuda bizarra con manto, Ortiz, y don Juan.

D.ª Manuela.

En efecto me atreví
á hablarle.

D. Juan.

Vueseñoría,
perdonará la estrechez
de este cuarto que he alquilado;
puesto que le han habitado
títulos mas de una vez;
que la mucha brevedad
del término que me dió,
el tiempo me limitó.

D.ª Manuela.

Dicen que hai dificultad
en Madrid de hallarse casa
sola, y grande.

D. Juan.

Es infinita
la nobleza, que le habita:
toda Castilla se pasa
á la corte. En esta moran
dos huespedes principales,
y en un año, con ser tales,
los unos, y otros se ignoran
sin mas comunicacion,
que Noruega con la China.

D.ª MANUELA.

Es grandeza peregrina
de ésta alegre confusion.
No tiene en Madrid el ocio
lugar, ni tiempos dilatada.

D. JUAN.

No señora, solo trata
cada cual de su negocio
aqui: ese cuarto de arriba
es capaz, y bien labrado,
para el invierno abrigado,
entre tanto que en el viva
buscaremos otra casa
sola, y mayor.

D. MANUELA.

Está bien.

D. JUAN.

Balcones tiene tambien,
que rejistran lo que pasa,
dorados con celosias
para enfoscarse bellezas:
vestido habemos las piezas,
en vez de tapicerias,
de bayeta negra y parda,
conforme se me ordenó.

D.ª MANUELA.

Eso mismo os mandé yo;
¿ comprastes el coche?

D. JUAN.

Aguarda,
segun dice el corredor,
que cierto duque se ausente,
y una carroza escelente
proporcionada en color,
y autoridad á usiria
esta semana se venda...

D.ª MANUELA.

Basta, que Madrid es tienda
de toda mercaduria.

D. JUAN.

Como es plaza universal
ese nombre pueden dalle.

D.ª MANUELA.

¿Y cual es el de esa calle?

D. JUAN.

Del Príncipe.

D.ª MANUELA.

¿Es principal?

D. JUAN.

Tanto como su apellido.
Títulos, y caballeros,
la ilustran, ya aventureros,
ya naturales.

D.ª MANUELA.

Yo he sido
siempre inclinada á Madrid,
aunque es tan grande Sevilla.

D. JUAN.

Es todo el mundo esta villa.

D.ª MANUELA.

Bien lo encareceis, subid.

ESCENA IX.

Doña LEONOR, NUÑEZ, y don PEDRO.

D. PEDRO.

¡Bizarras tocas y cara!

D.ª LEONOR.

¿Quién será ésta señoria?

D. PEDRO.

Hai tantas, Leonora mia,

que en ellas no se repara,
y que ha de venir, creed
tiempo, segun se dilata,
que como el oro, y la plata
no ha de hallarse una merced.

D.ª Leonor.

Goza esta felice edad
á pesar del malicioso
un monarca jeneroso,
que es todo liberalidad.

D. Pedro.

La que habeis conmigo usado,
en permitirme hasta aqui
acompañaros, en mi,
ánimo nuevo ha enjendrado
para proseguir deseos,
siempre dichosos en vos:
prospereos mil años Dios. (Vase).

ESCENA X.

Doña Leonor, y Nuñez.

D.ª Leonor.

El mismo os guarde: que empleos
tan poco correspondidos
de quien amarnos se inclina.

Nuñez.

Alentada es la vecina
que tenemos.

D.ª Leonor.

Presumidos
espíritus á lo menos,
ha mostrado.

Nuñez.

¡Pesie á tal!
esto de poner sitial
á los demas tiene en menos,
¿Si es soberbia la hermosura,

y por si solo adorada.
que ha de hacer entarimada
debajo de un dosel?

D.ª LEONOR.

Locura.

ESCENA XI.

Doña LEONOR, don LUIS, don GONZALO, NUÑEZ.

D. LUIS.

¿Mi Leonor?

D.ª LEONOR.

¿Hermano mio?

D. LUIS.

Un primo nos ha feriado
la corte, y de haberle hallado,
que te has de alegrar confio;
porque ademas de pariente
le debo amistades yo.

D. GONZALO.

Mi dicha á usura os la dió,
y pagais pródigamente,
trayéndome á conocer
prenda de tan noble estima.

D.ª LEONOR.

Mereciendo yo ser prima
vuestra, los vendré á tener
desde hoi mas, y á don Luis,
obligaciones de nuevo.
que añade á las que le debo.

D. LUIS.

Cansado, primo, venis,
traigan de vuestra posada
el ato, que habeis de ser
nuestro huesped.

D. GONZALO.

Yo he de hacer

brevemente esta jornada :
despacio quiero gozar ,
esa merced , y favor.

D. Luis.

No , don Gonzalo , mejor
prodreis aqui descansar ,
que se ofenderá mi hermana
si la desfavoreceis
tan presto.

D.ª Leonor.

No nos hareis
este agravio.

D. Gonzalo.

Cosa es llana ,
que siendo ese vuestro gusto ,
rêmora de mi camino
prima mia , os imajino.

D.ª Leonor.

Besoos las manos , yo gusto
de que aquí los recibais ,
por lo que muestra mi hermano.

D. Luis.

Habeis de ser cortesano
un mes , aunque no querais.

D. Gonzalo.

¡Ojalá! mas ¿como puedo
dilatar este camino ?

D.ª Leonor.

¿De donde el primo nos vino ? (*)

D. Luis.

Mayorazgo es de Toledo.
Vereis despacio á Madrid ,
que no es hombre quien lo ignora.

D.ª Leonor.

¿Primo en Toledo , hasta ahora

(*) A don Luis.

no conocido?

D. Luis.

Subid. (Ap. á don Luis

D. Gonzalo.

Obedeceros estimo,
por no parecer ingrato.

D. Luis.

¡Ola! traigan acá el ato.

D.ª Leonor.

¡Válgate Dios por el primo! (Ap.) Vase

ESCENA XII.

DECORACION DE SALA CON REJA PRACTICABLE A LA CALLE, Y PUERTA DE SALIDA EN EL FORO.

Don Gabriel, Pacheco, y Majuelo.

Pacheco.

Fué forzoso ausentarse
á Talavera, poco ha de tardarse:
en este cuarto habita,
que ospedandoos serviros solicita,
y entre tanto que viene,
como á sobrino suyo
y dueño nuestro.

D. Gabriel.

A su nobleza arguyo
de lo que ahora hizo
en los criados, mucho le deseo
en Madrid, que ha ya un año
que salió de Sevilla.

Pacheco..

Es un engaño
el que esta córte ofrece;

pues sin sentirlo un hombre se envejece
dejónos encargado
vuestro regalo, y puesto que el cuidado,
señor don Gabriel, sea
en esto diligente; mas desea
la voluntad serviros,
que las obras alcancen.

D. Gabriel.

Sé deciros,
Pacheco, que agradezco
afectos mas que efectos; yo me ofrezco
á pagar amistades,
si logro alguna vez prosperidades:
buen pedazo de casa
es este, por mi vida.

Pacheco.

Cuando abrasa
la fuerza del estío,
por fresco le celebra vuestro tio;
y aunque es invierno ahora,
y un vaso aquesta pieza, quien las mora
las juzga por mejores,
para frios tambien como calores.

D. Gabriel.

Es mui sano, Pacheco.
el clima de Madrid por frio y seco,
asi el otro afirmaba
que sobre fuego y agua se fundaba:
¡qué hermosa y blanca sala!

Pacheco.

En España ningun lugar se iguala
con este en materiales,
porque afrenta su yeso á los cristales.

D. Gabriel.

No guarnece Sevilla
sus techumbres con tanta bobedilla.

Pacheco.

Es húmeda, y por eso

la cinta de saetin destierra el yeso.

D. Gabriel.

¡Buena reja!

Pacheco.

Estremada,
y aun en la calle poco rejistrada
de la jente que pasa,
porque la vista á los mirones tasa
con esa celosia,
y encerados.

D. Gabriel.

Sin ellos mal podia.

Pacheco.

Tiene otra circunstancia,
mas de comodidad que de ganancia,
que las dos remedia.

D. Gabriel.

¿Cual es esa?

Pacheco.

Que la casa de comedia
está en la misma acera,
porque Apolo la cursa, y es cuarta esfera.

Gabriel.

¿Hailas buenas ahora?

Pacheco.

En ellas como en todo se mejora,
puesto que Lope muerto,
dudoso esté el teatro de su acierto.

D. Gabriel.

¡Gran pluma le ha faltado!

Pacheco.

Fue prodijioso y poco celebrado,
si con su injenio miden
sus alabanzas.

D. Gabriel.

Nunca las olviden

los bien intencionados,
que sin él quedan viudos los tablados.
Ahora bien, yo queria
escribir á mi patria.

PACHECO.

Si, que es dia
de estafeta; recado
hai aqui, despachad con ese enfado
forzoso, mientras quiero
haceros prevenir cena y brasero.

ESCENA XXIII.

Don GABRIEL y MAJUELO.

D. GABRIEL

Si; Majuelo la encubierta
de mi vida coronista,
sin permitirme su vista
me dió relacion tan cierta
de mis sucesos, que estoi
creyendo que lo soñé.

MAJUELO.

Segunda necedad fué,
la que has hecho en Madrid hoi
en no seguirla.

D. GABRIEL

No pude,
porque un tropel enfadoso,
de ver su rei deseoso,
corriendo entonces, acude
por enmedio de los dos,
y de vista la perdí
en un instante,

MAJUELO.

¿ Habra aquí
yerros y artesa? Por Dios

que te han dado un papasal:
¿ qué no te enseño un adarme
de cara ?

D. Gabriel.

No osó fiarme
ni una mano de cristal.

Majuelo.

Mejor díjeras de sebo
ó de otra cosa peor.

D. Gabriel.

¡Qué aliño ! ¡ qué habla ! ¡ qué olor !

Majuelo.

¡ O caballero del Febo !
ya estarás por Lindabrides
almibarando deseos,
y con flamantes empleos;
no me espantaré que olvides
la no vista Serafina.

D. Gabriel.

No sé qué te diga en eso;
que me obligó te confieso
la presencia peregrina
que nunca en esotra ví;
las palabras entre graves,
ya severas, ya suaves.

Majuelo.

¿ Ella no es discreta ?

D. Gabriel.

Sí.

Majuelo.

Pues gradúala de fea.

D. Gabriel.

No es posible.

Majuelo.

¿ Cómo no ?
¿ quien jamas ver mereció

discreta que hermosa sea?

D. Gabriel.

Anda, que eres ignorante:
llégame esa escribanía,
despacharé á Andalucía
y á Toledo.

Majuelo.

Lindo amante
á Madrid nos ha venido.
Un par de damas tenemos,
espíritus que no vemos, ¡ai! (*)

D. Gabriel.

¿Qué es eso? ¿qué ha caido?

Majuelo.

No sé, por Dios qué arrojaron
por la reja.

D. Gabriel.

Si cerraras
la ventana.

Majuelo.

¿Y te quedarás
á oscuras?

D. Gabriel.

¿Qué es lo que echaron?

Majuelo.

Vive Dios que es un bolsillo
que ambarea nuestro olfato.

D. Gabriel.

¿Bolsillo?

Majuelo.

En color mulato,
y en la médula amarillo. (Abrele.)
Rebosando está un tesoro;
si nombres no profanara,

(*) Al tirar del bufete, las espaldas vueltas al vestuario, arrojan un bolsillo, y danle con él en la cabeza á Majuelo.

Crisóstomo le llamara,
pues lo mismo es boca de oro,
su risa el alma me roba
mira que dientes tan buenos,
de amarilla toba llenos,
mas yo sé que de esta tóba
los suyos cubrir quisieran
las ninfas de este lugar.

D. GABRIEL.

Muestra, ¿quién le pudo echar?

MAJUELO.

Ya puede ser que no quieran,
como los demas salir
de Castilla estos dóblones,
y desmintiendo prisiones,
que los dan en perseguir,
por ver que adelante pasa
la usura de su interes,
huyen de algun jenovés
y se nos entran en casa. (*)

D. GABRIEL.

¡Hai cosa igual!

MAJUELO.

¡Qué de estrellas
rubicundas! vive Dios,
que no hai ninguno de á dos.
Aun si fuéramos doncellas,
imajinara, que habia
aqui algun san Nicolas
como en su historia leerás,
y que á dotarnos venia.
De á cuatro son, don Gabriel,
cada uno es del sol esfera:
¿no ves qué de ellos?

D. GABRIEL.

Espera.

(*) Vacian el bolsillo en el bufete.

MAJUELO.

¿Qué miras?

D. GABRIEL.

Este papel. (*)

que por retaguardia saco.

MAJUELO.

¿Papel?

D. GABRIEL.

Para darnos luz.

MAJUELO.

Será el postrer arcabuz,
que á la postre escupe el taco:
rásgale.

D. GABRIEL.

¿Por qué razon?

MAJUELO.

Porque el gozo me mitiga,
si hai alma, que en él te obliga
á alguna restitucion:
no le abras.

D. GABRIEL.

¡Qué frenesí!
el placer te desatina:
oye.

MAJUELO.

Letra es feminina,
santiguale.

D. GABRIEL.

Dice asi: (Lée.)

Ya os dijo hoi una mujer,
refrenándoos ocasiones,
que obras son buenas razones,
y noble el decir y hacer.
Escusaos de pretender,

(*) Despues de los doblones saca un papel del bolsillo.

la que en Toledo os espera,
que no falta quien la quiera
y es necedad, si os abrasa
teniendo el bien dentro en casa
salir á buscarle fuera.

MAJUELO.

¿No dice mas?

D. GABRIEL.

¿Esto es poco?

MAJUELO.

Lo de Toledo ha sabido
tambien, vive Dios que ha habido
haba y cedazo.

D. GABRIEL.

Estoi loco,
Majuelo, ¿qué es esto?

MAJUELO.

Miedo
que se nos vuelva carbon,
toda esta doblonacion.

D. GABRIEL.

¿De Sevilla, y de Toledo
tan informada, que yo,
no haya podido saber
quien es aquesta mujer?

MAJUELO.

No dudes que consultó
carácteres, la hechicera.

D. GABRIEL. (Lée.)

Y es necedad, si os abrasa,
teniendo el bien dentro en casa
salir á buscarle fuera.

MAJUELO.

Segun eso, en casa vive
la dicha doña Medusa,
dueño de esta garatusa
que paga el porte y escribe.

D. GABRIEL.

Asi lo afirma el papel.

MAJUELO.

¿Pues cómo por la ventana
le arrojó?

D. GABRIEL.

Saldré mañana
de esta confusion cruel;
no he de perdonar en ella
dama, ó mujer que la habite,
que no ecsamine y visite,
puesto que arriesgue el perdella.

MAJUELO.

Perdella, ¿por qué?

D. GABRIEL.

Me puso
límite en dilijenciar
quien es.

MAJUELO.

Pues, señor, callar,
y recibir.

D. GABRIEL.

Tan confuso
estoi, que temo perder
el juicio

MAJUELO.

Aun no es tan malo,
si hai dobloncito y regalo.

D. CABRIEL.

¡Válgate Dios por mujer! (Sale Pacheco.)

PACHECO.

Señor, la cena os espera.

MAJUELO.

No seas bobo, triunfa y pasa,
y pues hai doblon en casa,
no los derrotes á fuera.

ACTO SEGUNDO.

DECORACION DE SALA DE LA CASA DE DON LUIS

ESCENA PRIMERA.

Doña Leonor, don Gonzalo y don Luis.

D.ª Leonor.

A estrañas cosas me animo;
pero conseguirlas creo,
por lo mucho que deseo
servir al señor mi primo.

D. Gonzalo.

No primo, mas vuestro esclavo
he de ser, bella Leonor,
si por vos logro mi amor.

D.ª Leonor.

Ya estoi don Gonzalo al cabo,
y os he de dar noble ayuda:
¿En efecto, don Gabriel,
vive en casa?

D. Gonzalo.

Porque en él
recelos que el temor duda,
remedie vuestro artificio,
le ha traido, mi Leonor,
mas que su tio, mi amor.

D.ª Leonor.

Caro le saldrá el hospicio.

D. Luis.

En ese cuarto de abajo
es nuestro huesped.

D. Gonzalo.

No sé,
si a mis dichas gracias dé,
creyendo que ha sido atajo
de inconvenientes, hallarle
en casa, y tan á la mano,
que por vos y vuestro hermano
podamos enmarañarle,
de modo, que no compita
con mi amoroso cuidado;
ó si soi tan desgraciado,
que la suerte solicita
darme con su vista enojos,
que es especie de rigor,
tener al competidor
siempre delante los ojos.

D.ª Leonor.

Vuestro temeroso alarde,
no es de airoso pretendiente.

D. Gonzalo.

Aunque amor firme es valiente,
los celos le hacen cobarde.

D. Luis.

Leonor, corra por tu cuenta
este amoroso artificio,
ponle luego al ejercicio,
y sus principios asienta,
luciráse entre los dos.

D. Gonzalo.

¿Ya el modo habeis entendido?

D.ª Leonor.

Ya le sé: lo prometido
haré desde luego, á Dios. (Vánse los dos.)

ESCENA II.

Doña Leonor, sola.

Entrósenos de improviso,
este primo, y por lo deudo,
si de amor la sangre es feudo,
tenérsele yo es preciso:
fáltole el tiempo á mi aviso,
para prevenir desvelos,
pariente, y que adore, ¡cielos!
á quien de envidia me abrasa.
¿Qué ha de hacer, si admito en casa
sangre, amor, envidia, y celos?
Que facilite me ordena
su esperanza con engaños,
y á costa de propios daños
no hai quien tercie en dicha ajena:
adelantaos en mi pena,
á la suya, y si es cruel;
quien siendo para otro fiel,
es severa para sí,
negociar quiero por mí,
pues estoi primero que él.

ESCENA III.

Doña Leonor y Ortiz.

Ortiz.

No dejarán de arrojarse,
señora, del alma mia,
á esos brazos mis contentos,
aunque peque de atrevida.
¿Es posible, que merezco
volver á la afable vista
de vuesa merced, al cabo

de tanta distancia y dias?

D.ª Leonor.

Ortiz : ¡Jesus ! !tú en la corte!
¿ yo sin saberlo?

Ortiz.

Dichas,
que en tu ausencia echaba menos,
me restauran aunque viuda,
á tus ojos, y á tu casa.
Apenas en ella pisan
mis venturas sus umbrales,
cuando te vió mi alegria
al subir por la escalera,
cuando de fuera venias
ayer al ponerse el sol,
pidiéndome el gozo albricias,
no atreví demostraciones,
entonces, porque tenia
á la condesa de Canse,
que sirvo, y es tu vecina.
Mas ya que sin ella puede
dispensarlas esta dicha,
como caudal represado
se atropellan á si mismas.

D.ª Leonor.

Todas Ortiz, me las debes;
¿ pero como de Sevilla,
en Madrid, y en ese traje?

Ortiz.

Andaluzas valentias
dieron muerte á mi medrana,
ocasionando una riña
que tuvo junto á Triana,
su mortaja, y mis beatillas:
moza, viuda, y forastera,
si de algunos pretendida,
en muchos escarmentada,
supe enmudecer malicias,

trocando por dueñas tocas
las de madre de familias.
En casa de otra condesa,
donde es forzoso que sirva,
con un vos, censo perpetuo,
condenada á una tarima
racionera titular,
y enmantada de por vida;
pero ya todo es dichoso,
pues al fin me facilitan
los naufragios de mi suerte,
tu presencia apetecida.

D.ª Leonor.

¿Y quién es la tal condesa?

Ortiz.

Sangre la ilustra Manrica,
dote la abona cuantioso,
hemosura la autoriza;
el donaire la sazona,
la discrecion la apadrina,
el pundonor la refrena,
y el amor la precipita.
Apenas la primavera
de su edad sus flores pinta,
cuando sin que distinguiese,
lo que hai de matrona á niña;
la desposaron sus padres
con un conde de Sicilia,
muertos por el dulce trueco,
de merced en señoria.
Ese tal, señor mañoso,
trajéronle á Castilla
pretensiones, que no saben
perdonar canas prolijas.
Pensó rejuvenecerse,
mezclando su sangre tibia,
con la herviente, diez y ochena,
ella brasas, y él cenizas;
más desfrútose en dos años.

porque ya es cosa sabida,
que el viejo en tálamos mozos,
se sacude la polilla.
Murió, y dejóla heredera
de su estado y casa antigua,
por no tenerlos forzosos,
y quedó condesa y rica.
Murieron tambien sus padres,
de quien es única hija;
adquirió juros, y rentas,
ocasionando codicias
de andaluces jenerosos,
que creyeron encubrirlas,
con finezas disfrazadas,
que amor es hipocresía.
Mas nuestra doña Manuela,
de este modo se apellida
la condesa mi señora,
esperanzas descamína,
disimulando pasiones
de un joven que desperdicia
su salud, habiendo ya años,
mas há de dos, que perdida,
por un huesped de esta casa,
secretaria de si misma,
resistiéndose en si propia,
de si propia es enemiga;
pero al fin de ellos las llamas
de amor, como mas activas,
aprobaron resistencias,
la sacarón de Sevilla,
hasta esta corte, siguiendo
á quien sin tener noticias
de las penas que padece,
inocente es su homicida.
Mereci en esta jornada
los secretos que me fia,
y yo ahora te refiero,
porque mi fé me acredita.

Viote al entrar de tu casa
y celosa, porque habita
don Gabriel, tambien en ella,
teme, teniéndote envidia,
tu beldad, y tus mudanzas,
porque son tales, que afirma,
que enamorándole todas,
pretende al paso que olvida.
Procura puesto que en vano,
seguirla, con decirla,
que criada de tu madre,
le es deudora mi puericia,
que me partí á Andalucia,
que te conocí en llegando,
que si por lo hermoso hechizas,
por lo hermoso desesperas,
tu calidad noble y limpia,
tu discrecion celebrada,
y el respeto con que admiran
tus virtudes, cuantos ojos,
hermosuras fiscalizan;
pero fué echar leña al fuego,
porque al paso que te estimas
te halla mas capaz de amarte,
este hombre de su amor cifra
inquietud de sus deseos,
y ocasion de tanto enigma,
la frecuencia de tu casa.
Tu paciencia martiriza,
porque hacen lo que pueden,
siempre que estas son continuas.
Es discreto, tiene estrella,
por lo bien dispuesto hechiza;
por lo cabiloso engaña,
y conforme me le pintan,
no tuviéramos laureles,
á haberle visto su ninfa:
ni á Anajarte fuera marmol,
ni Lucrecia suicida,

y como su precursora,
sal cortés á recibirla,
compadézcante sus penas,
sus esperanzas anima ,
á su agrado corresponde,
y á sus llamas patrocina,
que es un anjel la condesa ,
si hai ánjeles con basquiñas.

D.ª Leonor.

Ortiz, prodijiosos casos
la fortuna quimeriza,
dentro de esta casa misma
todos ellos en un dia;
no estoi yo tan preservada
de enfermedad tan maligna,
que no me toque una parte ,
aunque en persona distinta.

Ortiz.

¿Cómo es eso?

D.ª Leonor.

Que sé yo,
de un hombre fui anoche prima,
y sospecho que soi dama
en tres cuartos repartida ,
mi casa tres embelecos ,
tres laberintos fábrica.

Ortiz.

Si es de amor el triunvirato,
sazone el cielo esta trinca,
seré yo su tablajero,
contarasme sus pandillas,
mas no ahora, porque tienes
nuestra condesa à la vista.

ESCENA IV.

Las mismas y doña Manuela, de viuda bizarra.

D.ª Manuela.

Mas vale ser acreedora,
puesto que no ejecutiva,
que embarazarse en respetos,
quien anda cual yo fallida,
por eso vengo á ganaros
la mano en esta visita;
puesto que aguardar debiera
plácemes de bien venida,
si bien por dueño de casa
esta puesto en cortesía,
señora doña Leonor,
que yo os pretenda propicia.

D.ª Leonor.

Ya yo he perdido el derecho
de esa accion desposeida
despues que para honra nuestra
la ilustra vueseñoria,
pérdida tan gananciosa;
Ortiz, acercanos sillas,
que en fé de lo que poseo,
no siento lo que me quitan.

D.ª Manuela.

Renunciemos, si os parece,
gravedades que fastidian
en recientes amistades,
títulos que las entibian.
Renunciemos ceremonias,
que las que no simbolizan,
igualando calidades
tarde, y mal se comunican.
Las dos habemos de ser,
gustando vos, tan amigas,
que solo uniendo las almas

el número nos divida.

D.ª Leonor.

Intereso yo, señora,
tanto en eso, que mis dichas
hasta aqui desbaratadas
pueden ya vender envídias;
vaya de estilo casero.

D.ª Manuela.

Los pesares, Leonor mia,
que me apuran la paciencia,
como de tí necesitan,
no consienten dilaciones.
Escucha, pues, de mi vida
desaires, que fuego amor
es elemento de prisa.
Nací, gracias á los cielos......

Ortiz.

Escuse vueseñoria
relaciones de su sangre,
que ya yo he dado noticia
de su estado, y su nobleza,
lo que la aplaude Sevilla,
sus bodas, y su viudez,
porque desde aqui prosiga
á referir los sucesos,
que ocasionan su venida,
que estos son tan solamente
los que la he contado en cifra.

D.ª Manuela.

Tu prevencion fué discreta;
á esa cuadra te retira,
y si vinieren estorbos,
antes que lleguen avisa.

ESCENA V.

Doña MANUELA y Doña LEONOR.

D.ª MANUELA.

Volviendo, Leonor bella,
á dar al hilo un nudo,
que Ortiz en mis sucesos devanaba;
digo, cuando mi estrella
feliz influencia pudo
mis años redimir, que lo lloraba.
cautiva en los desvelos
de un tibio amor, entre caducos celos.
Libre viví dos años,
puesto que pretendida,
de cuanta juventud dió presumida,
llamas á amor, y asunto á los engaños,
si bien los escarmientos,
pudieron jubilar mis pensamientos.
Señora de mi misma á los deseos,
se opusieron de suerte
propósitos siqueos,
que imajiné poder hasta la muerte
triunfar de esos rendidos;
pero en valde, Leonor, blasonan Didos
hazañas que proponen las ideas,
si faltando el valor sobran Eneas.
Un dia que aciago fue heredero
del martes agorero,
salí á templar calores,
y desmentir congojas del estío,
por entre los naranjos, y las flores
de una quinta monarca de aquel rio,
que con todo el Occeano contrata,
dando su oro potable por su plata.
Aquella estancia, pues, que caudalosa
de esquilmos de Amaltea,
regalo á los sentidos los recrea,

en no muerte, y en efectos deleitosa:
y por el logro de sus ondas miro
el Betis, ronda y baña Guadaira,
frecuentando paseos,
una mañana del aurora rica,
por cuadros, laberintos y planteles,
y las rosas, jazmines y claveles,
el alhelí, junquillo y minutisa
retamas y violetas
me construian macetas
que entre azahares ataba,
con que el ocio al deleite atareaba
sin reparar entonces mis pesares
que pocas letras hai de azahar á azares.
Asustada á un suspiro
que escuché entre las mesas
de unas murtas espesas,
los pasos tras los ojos
vuelvo, y miro
á un joven desmayado,
de su sangre teñido,
á un Apolo eclipsado
un Adonis herido,
de quien á permitirlo mi decoro,
si yo ser mereciera
la fabulososa Anjélica creyera
que revocaba dichas á Medoro,
á Orlando desatinos y desvelos;
prodijios al amor, á Francia celos:
victorias el desmayo,
dueño á mi libertad, llanto á mis duelos,
huesped al campo, y principe al Catayo.
¿Quién mi Leonor pensára,
que un casi muerto, ocasionando horrores
mi presuncion postrara,
y fuente tal bañára tales flores?
Enjendraron sus lástimas amores,
que en tales accidentes
amor y compasion son mui parientes.

Recosté su cabeza en mi regazo,
y en el último plazo
recelosa que al alma despedia,
con el aliento le infundí la mia.
Dos lienzos hechos vendas despedazo;
dos heridas le aprieto,
y olvidando mi lástima el respeto
que á mi misma me debo,
con dos heridas que ato, mil me llevo;
tan distintas, Leonor, en el afeto,
que unas salud eclipsan, otras famas,
aquellas brotan sangre, esotras llamas.
Temí publicidades;
retíreme á mi jente,
violenta, aunque advertida,
y debió de olvidárseme la vida.
Envuelta entre piedades
que ocasionó el incógnito doliente,
por restaurar la suya bien perdida;
llamo á un criado mio,
tan leal, que le fio
el alma en el secreto,
albricias le prometo
si aquel semicadaver casi frio,
que estándolo, me abrasa,
en su asistencia los estremos pasa
de difunto á viviente.
Ruégole que le curen en su casa,
y ya convaleciente,
sin que le dé noticia,
de quien por él pesares desperdicia,
sepa su calidad y ocupaciones
estado, profesion y pretensiones,
dándome fiel aviso;
y haciéndole la costa mi cuidado
que el rayo como hiere de improviso,
no da lugar á la razon de estado.
Ya la justicia entonces acudia
informada del trájico suceso,

al tiempo que volvia
mi herido en sí, mas nunca en sí mi seso.
Formaron la cabeza del proceso
criminales ministros y escribanos;
tomáronle la sangre cirujanos,
lleváronle á su casa en una silla.
Siguió mi confidente
la novelera jente,
y supo de ella que nació en Sevilla,
y que naturaleza
con él pródiga y grata,
á su sangre igualó su jentileza,
que era su nombre don Gabriel Zapata,
que inquietas novedades,
juegos y desperdicios,
su valor eclipsaron con sus vicios,
sin que ninguno, ó pocos,
sus descaminos locos
sintiese lastimado,
pues él su perdicion se habia buscado;
y no me espanto, que por tales modos,
quien con todos compite, ofenda á todos.
Partióseme á esta corte á pretensiones,
y yo que hallaba en mis tormentos calma,
teniéndole presente
sin él, difunta eché menos el alma.
Sus pasos tras él guia
mi fiel criado, que su amor espia,
y como yo sin él vivir no puedo,
su mismo viaje sigo:
supo mi confidente que en Toledo.
un caballero de su padre amigo
su hija le promete,
y él avariento, mas que enamorado,
gusta que el alma á ella se sujete.
Creciendo á tales nuevas mi cuidado,
y como amor es fuego,
á Madrid antes que él, seis horas llego.
Seguíle ayer oculta por la tarde,

y en festivo alarde
con la jente, en tropas y convite,
del sol acepta envites,
y de sus reyes goza el bello alarde,
del modo que la piedra busca el centro.
A vista de san Blas con él encuentro,
misterios le descubro,
y en el semblante el manto
revelo el alma cuanto el rostro cubro,
mi amor le manifiesto con mi llanto.
Ofrézcole la mano con mi hacienda,
si cuerdo, y advertido
mocedades enmienda,
poniendo travesuras en olvido
y cuando mas confuso y dilijente,
me aparto de él, y oculto entre la jente.
En fin mi mayordomo
solícito tercero,
que es el criado en quien mis penas fio;
se informa no sé como
que en esta casa, en que mi dicha espero,
le hospeda un caballero que es su tio:
halló el cuarto vacio,
que sobre el suyo, busca quien le mora.
Alquilale en efeto,
y yo vecina tuya, porque ignore
mi don Gabriel la causa, y el sujeto,
con tu favor procuro
embarazar de suerte ociosidades,
que al paso enmarañado que seguia,
sin que Madrid le hechice en sus beldades,
la industria con amor artificiosa
cuerdo le venga á hacer, y á mi su esposa.

D.ª Leonor.

La amistad, mi condesa, que consiste
en la similitud de profesiones,
quiere que nos aliste
amor en una especie de pasiones,
de modo parecidas,

que es preciso vivir las dos unidas.
Escucha el descamino
de un amor desde anoche acá enjendrado,
y tan jigante ya....

ESCENA VI.

Doña Manuela, doña Leonor y Nuñez.

Nuñez.

Nuestro vecino
el de abajo, el de ayer recien llegado,
las escaleras mide,
y permision de visitarte pide.

D.ª Manuela.

¡Ai cielos! si te ha visto,
no dudes que te adora,
temerte puedo ya competidora:
de tu nueva amistad, Leonor, desisto.

D.ª Leonor.

Esa puerta de adentro
sale á tu mismo cuarto
no temas este encuentro,
retírate por ella.

D.ª Manuela.

Si me aparto,
vencérate, Leonor, no pongas duda,
que hechiza visto, y voluntades muda.

D.ª Leonor.

Desdoran tus recelos
mi amistad y valor.

D.ª Manuela.

Es todo engaño.

D.ª Leonor.

Yo quiero en otra parte, y tengo celos;
¿puedes tú resistir tu amor dos años?
de tus pasiones vencedor te aviso,
y yo enamorarme de impreviso;

¡qué facil me has juzgado!
oculta nos acecha,
verás como la tela que he trazado
desmiente en útil tuyo tu sospecha.

D.ª Manuela.

¡Ai Leonor! si librarte de él deseas,
húyete de sus ojos, no le veas. (Váse.)

ESCENA VII.

Doña Leonor, don Gabriel y Majuelo.

D. Gabriel.

Por dos títulos, señora,
debe daros la obediencia
quien llega á vuestra presencia,
y en casa que es vuestra mora.
Yo añado á los dos ahora
de no menos calidad,
uno, la necesidad
de saber vuestro misterio,
y otro, el soberano imperio
de vuestra rara beldad.

D.ª Leonor.

El penúltimo escojed,
que será el que mas importa,
y perdonadme si corta
admito en pié esta merced;
que siento mucho creed,
lo poco que me acredita,
quien ser corta me limita:
mas ha desacostumbrado
mi hermano sillas y estrado,
á toda nueva visita.

D. Gabriel.

¡Gran cordura! no me espanto
que el recelo al precio iguale,
pues prenda que tanto vale,

es bien que se guarde tanto:
ayer un enigma manto,
que mis quietudes altera,
en un billete severa
me manda, hasta en esto escasa,
que pues tengo el bien en casa,
no salga á buscarle fuera.
En casa no hai mas de dos,
la una tan de camino,
que ayer forastera vino,
y así juzgo que sois vos.
Desenmarañad por Dios,
si es así, señora mia,
mi confusa fantasía,
que á ser mis dudas verdad,
¿qué mayor felicidad,
tras tanta noche, tal dia?

D.ª Leonor.

Débeos poco mi recato,
en tan ricas conjeturas,
plebeyas desenvolturas
hacen de su honor barato.
Estais bizarro en el trato,
en Madrid, que por la posta
inadvertencias acorta;
guardaos ya que entrais en él,
que suele hacer un papel,
mucho daño y poca costa.

D. Gabriel.

No en él solamente estriva
esta presuncion cobarde:
junto á san Blas ayer tarde,
entre amorosa y esquiva,
si su semblante me priva
su pecho me manifiesta;
tan entendida y honesta,
que me obliga á enloquecer,
que juzgo debeis de ser

quien me aguarda por respuesta.

D.ª Leonor.

No envidio yo su fortuna
si apetece vuestras bodas,
que vos sois plural de todas,
mas singular, de ninguna.
Las mudanzas de la luna;
de suerte aplicaros puedo,
que pues no la enfrena el miedo,
fácil podeis conseguilla:
camaleon en Sevilla,
y casi esposo en Toledo. (Váse.)

ESCENA VIII.

Don Gabriel y Majuelo.

Majuelo.

Como quien no dice nada
esta fué la doblonista;
desdeñante á letra vista,
y tierna á letra tapada.

D. Gabriel.

No lo dudes.

Majuelo.

Redomada
es por Dios; pero no fea,
que á lo miel se lo damea.

D. Gabriel.

¿Quién pues la pudo informar
tanto de mí?

Majuelo.

Es familiar
que de noche brujulea.

D. Gabriel.

¿Lo de Sevilla, y tambien
lo de Toledo en tan breve
espacio?

MAJUELO.

Habrá quien la lleve,
desde aqui á Jerusalen,
¿qué te pareció?

D. GABRIEL.

Mui bien.

MAJUELO.

Requiescat la Serafina.

D. GABRIEL.

Vamos ver la vecina.

MAJUELO.

Vamos, que á esta las redomas
le han dado ahorrando maromas,
achaques de bolatina. (Vanse.)

ESCENA IX.

ECORACION DE SALA EN CASA DE DOÑA MANUELA.

Doña MANUELA, y ORTIZ.

D.ª MANUELA.

Es Ortiz, Leonor, mui bella,
y don Gabriel mui hechizo.

ORTIZ.

No hará su amor tornadizo,
en su firme valor mella,
que tiene un primo en su casa,
y pierde el seso con él.
Tu verás á don Gabriel
los purgatorios que pasa,
en pena de ser mudable,
hasta alcanzar de tu amor
la gloria, haz mucho favor
á don Luis, que es afable,
cortés, discreto, y en fin,

de doña Leonor hermano:
besarte quiere la mano.

D.ª Manuela.

A mi su merced ¿á qué fin?

Ortiz.

De doña Leonor, son trazas,
que en útil suyo concierta.
Mira que aguarda á la puerta
si celos desembarazas,
á términos has venido
que restauran su sosiego.

D.ª Manuela.

Entre, pues. ¡Ai amor ciego,
en que nos hemos metido!

ESCENA X.

Dichas y don Luis.

D. Luis.

Mi hermana doña Leonora,
despues; ¿pero vueseoria (Túrbase.)
es Leonor hermana mia?
majestad fuera mejor
intitular la belleza,
cuando, porque amor es loco;
pero majestad es poco.
Digo en fin, que vuestra alteza,
como mi hermana decia,
si el pájaro está en la red,
perdone vuesa merced,
que cuando vueseñoría.
Despues que el sol su traslado,
la repentina violencia,
le prometo á vuecelencia.
No estoi señora, turbado,

pero si pienso que estoi,
porque amor, y desvarios:
sentaos, señora, que brios,
que por la fé de quien soi...

D.ª Manuela.

¿Que es esto, Ortiz? ¿qué hombre es este?

Ortiz.

Hombre que cuerdo hasta aquí,
te debe este frenesí,
á quien no aturde una peste,
si acomete repentina:
yo de tu beldad presumo,
obra como tabaco en humo,
que al principio desatina.
Desbaratado has su aviso,
porque el donaire que tienes,
es como pedrada en sienes,
que entontece de improviso;
sosiégale, dale silla.

D.ª Manuela.

Tomad asiento, señor.

D. Luis.

Todo objeto superior,
dá causa á la maravilla,
que en mí debeis de estrañar,
cuando es tanta su escelencia,
que escediendo á la potencia,
la llega á desbaratar:
yo ocasioné mi desprecio,
pues fuera bien reparara,
que quien al sol cara á cara
osa ver, peca de necio.

D.ª Manuela.

Conforme ya lo decis,
sospecho que la pasada
fué turbacion estudiada.
Pero, señor don Luis,
aunque estimo ese despejo,

mas sencillas amistades,
en materia de verdades,
que á vos le debo, á mi espejo,
para serviros yo á vos.
Hermano de quien mi amiga
con tanto estremo me obliga,
siendo tan unos los dos,
desperdiciais os prometo
esas ecsajeraciones.

ESCENA XI.

Los precedentes, don GABRIEL y MAJUELO.

D. GABRIEL.

Salgamos de confusiones,
descifrando este secreto.

D.ª MANUELA.

¿Qué es esto? ¿hasta donde estoi,
Ortiz, se entraron?

D. GABRIEL.

Vuesiria,
esta inadvertencia mia
perdone; buscando voi
la causa de mis cuidados,
con cierto engaño impaciente,
y en Madrid los pretendientes
pecan de desalumbrados.
Mándome una dama ayer,
imperiosa, aunque encubierta,
en san Blas, junto á una huerta,
que la procurase hoi ver.
Afirmóme que vivia
en un cuarto de esta casa,
soi yo huesped de otra, y pasa
las leyes de cortesia.
Mi dilijencia obediente,
á las de amor he sabido,

puesto que recien venido,
que la habitan solamente
dos señoras: visité
la una: pero no es ella,
es deseo que atropella;
y amor, deidad que no ve,
discursos todo locura,
mis pasos descaminó,
y aqui tras ellos se entró.
¡Ai, Majuelo, que hermosura (*)
tan celestial! pero en vano
solicitudes ofrezco.
Pues ni la dama que busco
paga pensiones de hermano,
ni me atrevo á presumilla
tan fácil, si se la doi,
que venida ayer, tenga hoi
á quien dar su lado, y silla.

D. Luis.

No sé yo que sean aciertos,
en duda no averiguada,
buscando dama tapada
pedir celos descubiertos.
En casa como decis,
hai no mas de dos beldades,
mas no son sus calidades,
como las que presumis.
Que artificiosa os hechiza,
y su opinion desazona;
pues ni mi hermana es persona
que créditos vulgariza.
Ni juzgo que en esta empresa,
creerá vuestra presuncion,
que os diese tal ocasion
mi señora la condesa.
A visitalla y servilla voi,

(*) Aparte á Majuelo.

y ya debe de saber,
á quien en pié á de tener,
y á quien dar su lado, y silla.

D. Gabriel.

La destemplanza os provoca,
pues no sé yo que tengais
accion á que respondais
airado en lo que no os toca.
Dudas que me solicitan,
me obligaron á este empeño,
porque de casa dueño
lo soi de los que la habitan.
Mis desaires perdonad,
que no quiero yo con vos
pendencias, cuando en los dos
es deudo la vecindad.
Ni lo que os dije os inquiete,
que en mi no hai causa, porque
me ofenda, de que se os dé
estrado, silla, ó bufete.
Aquella dama encubierta,
con quimeras, y artificios
pudo ocasionar indicios
de una esperanza ya muerta.
Afirmóme haber dos años,
que registraba mi vida,
de otras prendas divertida,
y dudosa en mis engaños.
Imajiné deslumbrado,
que seria esta señora,
hallo lo contrario ahora,
pues en vos logró su agrado.
¿En qué, pues, culpais mi esceso
si contra mis presunciones
y que no es ella os confieso?

D.ª Manuela.

Este caballero tiene
en lo que dice razon,

no empero, en la obligacion,
que á quien su quietud previene,
debiera corresponder
mas cuerdo, pues estoi cierta,
que le dijo la encubierta
no tentase conocer
lo que de ella no sabia
de su estado, y de su fama,
prendas de la oculta dama;
porque asi la perderia.
Venid señor don Luis,
que tengo mucho que hablaros. (*)
y dejad vos de ocuparos,
en lo que hallar presumis,
porque os saldrán mal logradas
inútiles esperiencias,
que tal vez las dilijencias
pierden por demasiadas. (Vanse.)

ESCENA XII.

Don GABRIEL y MAJUELO.

MAJUELO.

Aqui tambien nos dan como.

D. GABRIEL.

¿Qué es esto Majuelo?

MAJUELO.

Encanto
y muecas, que tras el manto,
nos hace algun diablo romo.

D. GABRIEL.

Doña Leonor, coronista
de mi juventud traviesa:
reprensiones la condesa,
por la que me habló no vista.

(*) A don Gabriel.

MAJUELO.

Esa postrera me espanta:
venida á Madríd de ayer
que esotra pudo saber,
siendo la vecindad tanta,
las mozas inclinaciones
de tu inquieto desvario,
si se los contó su tio
entre otras obligaciones.

D. GABRIEL.

No dices mal.

MAJUELO.

Esto es cierto:
mas la viudez titulada,
¿no obstenta hermosa fachada?

D. GABRIEL.

¡Ai, Majuelo, que me ha muerto!
¿no es bellisima?

MAJUELO.

Y no necia.

D. GABRIEL.

Es anjel del alma mia.

MAJUELO.

Puede ser su señoria,
señoria de Venecia.

D. GABRIEL.

¿Tú en Madrid?

MAJUELO.

Y en Toledo,
con la enmonjada son cuatro,
que aun sobran para un teatro.

D. GABRIEL.

De las que no vi, no puedo
permanecer tan perdido,
que me desvele su amor:
hermosa es doña Leonor,
y mui bien me ha parecido,

mas de amor la llama leve,
á solas es tan escasa,
que cuando inclina no abrasa,
y aunque aficione, no mueve.
Vi á la viuda de los cielos,
que trae, de las armas parca,
espada mayor de marca,
dióme amor, y entré por celos.
¿Qué mucho, pues se aventaje
este al otro?

MAJUELO.

Pesia tal,
viuda de ebano, y cristal,
con la salsa de su traje,
hará que un risco se postre;
y á esotros desacredite,
porque en cualquiera convite,
se esmera el plato de postre,
pues el monjil te provoca,
no te acuerdes de otra alguna,
será hueso de aceituna,
que se te queda en la boca.

ESCENA XIII.

Don GABRIEL, don LUIS, don GONZALO y MAJUELO.

D. LUIS.

Aqui le dejé.

D. GONZALO.

Aqui está.

D. LUIS.

Llegad pues, y dad principio
disimulado y discreto
á la quimera que urdimos.

D. Gonzalo.

Señor don Gabriel Zapata,
ni lo que deseo serviros,
obligado á vuestras prendas,
desde que recien venido,
la mano os besé en Toledo;
ni lo en ella sucedido
por vos, que por no alteraros,
no quiero llamar delito.
Permitieran que el enojo
vocinglero, en perjuicio
del pundonor y la fama,
llama al secreto testigos.
Si pudiera yo obligaros
á enderezar descaminos
que por difíciles medios
os anuncian precipicios;
que cuerdos os restauraran
respetos de bien nacido,
al valor de vuestra sangre,
que así eclipsada miro.
La casa de don Andrés,
que os dió regalado hospicio,
y ahora nombre de ingrato:
llora á su dueño en peligro,
ella huérfana, él enfermo,
grande el riesgo, yo su amigo,
leve el vulgo, la honra frajil,
vos la causa, harto os he dicho.

D. Gabriel.

Prometoos, señor, no sé
vuestro nombre, aunque os he visto,
como decís, en Toledo.

D. Luis.

Es don Gonzalo mi primo,
quien vuestra amistad desea.

D. Gabriel.

Y yo dichoso la admito,

mas puesto que reconozco
la templanza de su estilo,
ni sus misterios alcanzo,
ni sus quejas apercibo:
¿Yo á don Andres querelloso?
¿A su casa con motivos
de vituperarme ingrato,
cuando mas agradecido?
¿él por mi ocasion enfermo?
¡vive Dios! que en tanto estimo
su salud, su honor, su fama;
que á saber quien le ha ofendido,
correspondiendo á favores
que jeneroso me hizo;
la vida por él perdiera.

D. Gonzalo.

Quitáosla, pues, vos mismo.

D. Gabriel.

Harélo, si estoi culpado,
mas salga yo del abismo,
de esta confusion primero:
que os declareis os suplico.

D. Gonzalo.

¿Para qué podrán ser buenos,
don Gabriel, los artificios
que á pesar de vuestro engaño,
desembozaron testigos?

D. Gabriel.

Es verdad que dí palabra,
si me premiaban servicios
que el rei á mi padre debe,
de elevarme á dueño ó hijo,
desposándome en su casa.
Si, porque en la corte hechizos
de un manto me divirtieron,
le he dado causa á sentirlos
tanto, y en tiempo tan breve,
le pudieron dar aviso

desde anoche acá, que es caso
fabuloso, aun para dicho,
ni hasta ahora estoi casado,
ni juzgo que he delinquido
en buscar lo que me manda
quien me ofrece, y no averiguo.

D. Gonzalo.

Vuestras flojas evasiones
nos manifiestan indicios
que aseguran evidencias,
por lo turbado y lo tibio.
Abreviemos, don Gabriel,
seis años habrá que sirvo
á un serafin, que en Toledo
me le ocultaron retiros.
Este falta dos dias ha
del colejio, y se ha sabido
que vos su muro escalasteis.

D. Gabriel.

¿Yo? ¿qué decís?

D. Gonzalo.

Lo que han dicho
la opinion que no os abona
vuestros mozos desperdicios,
vuestras pocas advertencias,
y dos papeles escritos
á la que crédula os ama,
puesto que á un tiempo, conmigo
tan favorable, que el cielo
nos reciprocaba niños,
no son celos mis agravios,
pero es celo á que me obligo
por el honor de su padre,
y en fé de que no os compito,
ó habeis de darla la mano
esta noche, yo el padrino,
para soldar desaciertos
que habeis hecho, ó este sitio

ha de servir de teatro
á vuestro justo castigo,
ó á mi muerte bien empleada,
si á su honor la sacrifico.

D. GABRIEL.

¿Pusieron en esta casa
su academia los hechizos,
su tienda los embelecos,
su escuela los desatinos?
Señores, ¿que encanto es este?

D. GONZALO.

Baste el finjir, prevenios
á lo uno ó á lo otro.

D. GABRIEL.

A lo postrero me animo,
porque de vuestras palabras
con certidumbre colijo
que siendo vos elector
me imputais vuestros delitos.
Si de Serafina amante,
os confesais tan rendido,
que celoso de mi estrella,
esperanzas os marchito;
y yo sin ver á esa dama,
su consentimiento obligo,
siendo por ella y su padre
á tanta dicha admitido:
seguro y no enamorado;
¿como podreis persuadiros
á que ofendiendo amistades,
llegue á robar lo que es mio?
Con cuanta mas apariencia
de verdad tendré yo indicios
de vos, de que la engañastes
cabiloso y persuasivo.
Por estorbarme, promesas,
y que el corsario habeis sido
de su belleza y mi suerte,

finjiéndoos sin culpa.

D. GONZALO.

Digo,
que no pienso responderos
sino con solos los filos
de esta espada, si rehusais
los medios que os solícito.

D. GABRIEL

¿La razon?

ESCENA XV.

Los anteriores, ORTIZ, y poco despues doña MANUELA y doña LEONOR.

ORTIZ.

Señores mios,
¿están en sí vuesastedes?
¿aqui pendencias? mas desciño
la formidable á tu lado.

D. LUIS.

Don Gabriel, en mi es preciso,
ya que no admitís consejos
el ayudar á mi primo.

D.ª MANUELA.

¿Señores, pues, en mi casa?

D.ª LEONOR.

Ya yo la ocasion he oido
de estos desalumbramientos,
que averiguar imajino,
y será fineza grande,
si con esto os apaciguo.
Debajo mi confianza,
con el respeto debido
á su calidad y estado,
ni don Gonzalo la ha visto
ni don Gabriel sabe de ella

puesto que podré advertiros,
que por uno de los dos,
inconsiderada quiso
dar asunto á maliciosos.

D. Luis.

¿Qué dices?

D.ª Leonor.

La verdad digo;
ninguno saber intente
mas de esto, sobre deciros
que se oculta en esta casa,
siendo el uno el escogido
de los dos competidores.

D. Gabriel.

¡Hai mas ciego laberinto!

D.ª Manuela.

¡Cielos! ¿Si esta no es quimera, (Ap.)
y Serafina ha venido
á deslucirme esperanzas?
¡muerta soi, en valde vivo!

D. Gonzalo

Que de ello prima te debo: (A doña Leonor.)
con que sazon tu artificio
finge lo que consultamos;
dí adelante.

D.ª Leonor.

Primo, primo,
en esta casa tu dama
se oculta, no quimerizo;
sacó el cielo verdaderas
mentiras que dispusimos.

D. Luis.

¿Qué dices Leonor?

D.ª Leonor.

Verdades
que nos saquen adivinos.
Aqui está la toledana: (Alto á todos.)

vuestros pasos ha seguido,
su clausura ha quebrantado;
fióse en mi patrocinio,
tiene amor, teme mudanzas,
y atropellando peligros,
celosa disculpa escesos;
uno de los dos ha sido,
por quien su padre, su patria,
y opinion pone en olvido,
no hai que ecsaminarme mas,
que no tengo de decirlo.

D. Gonzalo.

Leonor bella, Leonor sabia,
desengaña te suplico
confusiones que pretenden
desbaratarme el juicio.
¿Serafina en esta corte? (*)

D.ª Leonor.

La verdad pura os afirmo.

D. Luis.

¿Serafina en esta casa?

D.ª Leonor.

En ella la deposito.

D. Gonzalo.

¿Y qué, no he de saber yo,
si merecen mis suspiros
el premio de tal fineza? (*)

D.ª Leonor.

Señores, lo dicho, dicho:
¿de qué servirá cansarme
adulándome el oido,
si he empeñado mi palabra
al secreto? persuadios
los dos á que es cuerdo medio,

(*) A don Luis, y á don Gonzalo.
(*) Apártase de ellos, y dice á todos.

compitiendo como amigos
reverdecer esperanzas
mientras yo las ecsamino.

D.ª Manuela.

Las mias, doña Leonor,
como en tu amistad las cifro,
piensan que con esa traza
solicitas mis alivios,
despéname de temores;
¿es cierto que está contigo
esa mujer que me abrasa?

D.ª Leonor.

Por uno de los dos vino,
no puedo decir mas que esto,
que lo he jurado.

D.ª Manuela.

Si ha sido
mi don Gabriel, ya estoi muerta,
si es otro, ya resucito.

D.ª Leonor.

Uno es de los dos.

D.ª Manuela.

¿Cuál pues?

D.ª Leonor.

A useñoría suplico,
no pretenda que profane
secretos que he prometido.

D. Luis.

¿Ella no asiste en mi cuarto? (*)
¿qué aguardo, pues que no miro
cuantas piezas nos la esconde?
primo seguidme.

D. Gonzalo.

Ya os sigo.

(*) A todos escepto á doña Leonor.

D. Gabriel.

Sin mi, eso no, que soi parte,
y hasta que se saque en limpio
quien es el interesado,
no me está bien consentirlo.

D. Luis.

Yo puedo hacer en mi casa
lo que quisiere.

D. Gabriel.

En perjuicio
de tercero, no es nobleza.

D.ª Manuela.

¡Ai cielos! ¿cómo reprimo
tormentos disimulados?

D.ª Leonor.

Id los tres, yo os lo permito,
desvelareisos en balde. (Vanse los dos.)

D· Gabriel.

¡Vive Dios, que he de seguirlos,
aunque la vida me cueste. (Vase.)

ESCENA XV.

Doña Manuela, doña Leonor, Ortiz y Majuelo.

D.ª Manuela.

¿Qué es esto Leonor?

D.ª Leonor.

Principio,
que nos saquen de temores;
ven, si pretendes oirlos.

Majuelo.

¡Válgate el diablo la casa!

Ortiz.

No es posible, que no ha sido
don Juan de Espina su huesped.

Majuelo.

Verdad dueñísima has dicho.



ACTO TERCERO.

LA MISMA DECORACION DEL FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Doña MANUELA, doña LEONOR y ORTIZ.

D.ª LEONOR.

Cánsense ellos en buscar,
á quien en Toledo ausente,
y en su colejio inocente
los hace desatinar,
que entretanto dispondremos
quimeras que ya empezamos.

D.ª MANUELA.

En medio del golfo estamos.

D.ª LEONOR.

Pues presto el puerto veremos,
confia de mí esta empresa.

D.ª MANUELA.

Como tú su efecto alcances,
y de tan confusos lances,
mi amor el bien que interesa,
del incendio que me abrasa
serás el médico fiel,
mas perderé á don Gabriel,
si sale una vez de casa.
Que en tal liviandad se funda,
que en viendo beldades, fuera,
no dura mas la primera,
que en llegando la segun'

D.ª Leonor.

Las puertas están con llave
de la calle; de noche es:
antes que ponga los pies
en su umbral, amor que sabe
abreviar inconvenientes,
si sazona mis empleos,
le aprisionará deseos,
solo á tu imperio obedientes.
Yo tengo los materiales
dispuestos de este edificio;
de suerte, que en tu servicio
todos se ofrecen leales.
Prevenido está Pacheco
el que hospeda don Gabriel,
Ortiz es discreta y fiel.

Ortiz.

Y para nuestro embeleco,
no es de menos importancia,
aunque viejo impertinente,
tu escudero.

D.ª Leonor.

En tanto ajente,
y en tan pequeña distancia
de tiempo ¿qué hai que temer
si amor, cuando asome el dia
á las dos, condesa mia,
casadas nos ha de ver?
Todo lo que te he advertido,
para este ardid es forzoso,
si intentas que salga airoso
el medio que he prevenido,
repásalo por instantes.

D.ª Manuela.

Memoria tengo feliz.

D.ª Leonor.

¿Estás en el punto, Ortiz?

ORTIZ.

Mas que catorce estudiantes,
en lo que estudiado llevan,
cuando leen de oposicion;
ponlos tu en ejecucion,
y engaños á cargas llevan.

D.ª LEONOR.

Sirva el que ahora os dirá,
de postre en nuestro contrato,
si es bien que el último plato,
con mas sazones esté.
Un huesped tuvo esta casa
y este cuarto, ya sabeis,
que debajo de él teneis,
á don Gabriel, que la abrasa.
Era rico, libre y mozo,
y pudo la vecindad
enredarle en la beldad,
de una dama, que destrozo
fué de toda su quietud;
la cual sujeta á una tia,
madre de la hipocresía,
y Argos su solicitud.
La guardó tan vijilante,
verdugo de su belleza,
que ocasionó su aspereza,
y en lo querer al amante.
Y en la dama á la atencion
del Píramo desvelado,
que el celar demasiado
es llave de la ocasion,
Habitaban dama y tia
las mismas piezas que ahora,
el don Gabriel huesped mora
sin bastar su cercanía,
á facilitar siquiera
corteses demostraciones,
ni aun lícitas permisiones
de una frecuencia casera.

Pues cuando salian de casa,
que era en la ocasion precisa,
de oir una breve misa,
apenas la luz escasa
del sol, alegraba flores,
cuando ya de vuelta estaban,
y asi le dificultaban
los rayos rejistradores.
Visitarse, ni á por lumbre:
abrir puertas, ni por pienso,
ventanas pagando censo,
á la avara pesadumbre
de un enfadoso encerado,
que aun tuvo celos la tia,
del vídrio, y la celosía.
Si nació tanto cuidado
de pura recoleccion,
no lo sé; pero no ignoro,
que á titulo del decoro,
que achacan á su opinion,
muchas de estas, que el verano
lloran de su helado invierno,
en virtud de su gobierno,
son perros del hortelano.
Pesadamente llevaba
la dama tanta clausura;
pero mas, quien su hermosura
impaciente idolatraba,
cuando amor, que á lo imposible
halla mas facilidad,
burló la severidad,
de la vieja aborrecible.
El medio fue una criada,
que de este encierro andadera,
entrando, y saliendo fuera
vivia privilejiada
de tantas llaves y puertas:
comprábalas de comer,
la codicia en la mujer,

las del alma ofrece abiertas.
Vencióla la dilijencia
del huesped, que liberal,
á costa del rei metal
la dió el cargo de su ajencia,
con que logró sus empleos.
¡ Dios nos libre, mi condesa,
de amor, la vez que atraviesa,
oro, industrias y deseos!
Estos, pues, que no dormian,
aquel que solicitaba,
la tercera que abogaba,
papeles que intercedian.
La privacion que apetece,
el rigor que descompone,
amor que ardides dispone,
y la ocasion que enloquece.
Comprábanle, á amor usuras,
de deleites limitados,
á quintales los cuidados,
y á adarmes las coyunturas.
Y buscándose los ojos,
se encontraba por las puertas,
cuyas junturas abiertas, (*)
en vez de aliviar enojos
les causaba mas tormento,
maldiciendo á la pared,
porque mas crece la sed,
si bebe poco el sediento.
Cohechando pues, los conductos,
que su vista escaseaban,
por átomos se miraban,
hablándose por minutos,
hasta que ya favorable
á sus ansias la fortuna,
les dió ocasion oportuna,
y fue la traza admirable.
Sucedió, pues, que una hermana.
de la tal tia enfermó,

y su riesgo las llevó
por toda aquella semana
á casa de la doliente.
Pienso yo, aunque sea malicia,
que fue mas por la codicia
de la herencia; en fin ausente,
una, y otra, la criada,
guarda de su habitacion,
dieron en esta invencion
el galan, y ella estremada.
Llamaron á un oficial,
y comprándole el secreto,
para poner en efeto
la industria á su ingenio igual.
Hizo arrancar aserrando
sutilmente los estremos,
de dos vigas, que veremos,
este embeleco, ocultando,
y abriendo un vacío, que fuese
de capacidad bastante,
para que el vecino amante
bajase cuando quisiese.
Puso otras dos bobedillas,
que con tablas imitó,
y el yeso y arte cubrió,
bastando el arte á finjillas,
de suerte, con la pintura,
que ellas con los dos maderos,
pasaron por verdaderos,
y cubrieron la abertura;
de modo, que fácilmente
le pudiesen levantar,
abrir el techo, y cerrar,
con la propiedad de puente
levadizo, invencion nueva,
que solo pudiera amor
ser su sútil inventor.
¿Ves la trampa de una cueva?
pues esta á la misma traza,

...mente toda sospecha:
ya se levanta, ya se hecha,
y de modo se disfraza,
con las esteras cubierta,
que quien no está en la malicia,
no tendrá de ella noticia:
por esta engañosa puerta,
y una escalera de mano
les facilito á los dos
estorbos, el niño Dios,
y sacó el desvelo en vano,
revélome el desposado,
cuando dejó nuestro hospicio
este injenioso artificio,
pero no le he remediado,
por qué á tener de él noticia
mi hermano, llevará mal,
que en casa tan principal,
se intentase tal malicia.
Veniste á morarle, en fin,
tenemos debajo de él
á tu amante don Gabriel,
y cae sobre el camarin,
que á su criado aposenta.

D.ª MANUELA.

La invencion aunque engañosa
nos puede ser provechosa.

D.ª LEONOR.

Corra ahora por mi cuenta
el modo con que uses de ella,
y maravillas verás.

D.ª MANUELA.

Si tú de mi parte estas,
no lo dudo.

D.ª LEONOR.

Ven á vella,
que la corte siempre vende

sutilezas semejantes.

ORTIZ.

Donde hai sótanos amantes,
galan fantasma, amor duende,
tornos, casas con dos puertas,
tabiques disimulados,
hurtaron de los tablados,
tramoyas que saquen ciertas
esperanzas ya perdidas.

D.ª MANUELA.

No logra amor sus sazones
en que faltándole invenciones.

D.ª LEONOR.

Mài buenas las llevo urdidas. (Vase.)

ESCENA II.

LA MISMA DECORACION DE LA ESCENA DOCE DEL ACTO PRIMERO

Don GABRIEL y MAJUELO.

D. GABRIEL.

No he de estar en esta casa
un hora, si por vivilla
fuese señor de Sevilla;
ese hato Majuelo pasa
á la posada primera
que hallares.

MAJUELO.

¿Y las vecinas?

D. GABRIEL.

Son Circes, son Falerinas,
¿ [y yo entre tanta quimera,
tanta mentira, y enredo
quien el seso ha de perder
por gusto de una mujer?

MAJUELO.

¿Pareció la de Toledo?

D. GABRIEL.

En su busca desatina,
mi discurso enmarañado,
no habemos los tres dejado,
sala, retrete, oficina,
cáncel, ángulo, azotea,
sin rejistrar de aquel cuarto.

MAJUELO.

Nuestro amor anda de parto,
¡quiera el cielo que hijo sea!

D. GABRIEL.

Confusa estrella es la mia,
cuando á la bella Leonor.
se iba inclinando mi amor,
y luego á la tiranía
de aquel monjil hechícero,
Serafina se atraviesa,
yo muero por la condesa,
yo tambien á Leonor quiero.

MAJUELO.

Divide llamas inquietas,
por jornada, si amor llora
serás comedia de ahora,
que la escriben tres poetas.

ESCENA III.

DON GABRIEL, MAJUELO y PACHECO.

PACHECO.

Un hidalgo toledano,
por aqui á caballo vino,
y por llegar de camino
no entró á besarte la mano.
Esta para tí me dió,

de no sé que don Andrés,
diciéndome, que despues
volverá á verte.

D. GABRIEL.

Cesó
nuestra confusion, Majuelo:
esta carta nos dirá
si aqui Serafina está.

MAJUELO.

Lée pues, aclarese el cielo.

D. GABRIEL.

Mi Serafina obediente
á la eleccion que en vos hice;
que soi riguroso dice
en permitiros ausente.
Téngola en casa al presente,
venidla á ver presuroso,
que habiendo de ser su esposo
hacienda, gracias á Dios,
me sobra para los dos,
con que vivais caudaloso.
D. ANDRES DE SILVA.

D. GABRIEL.

¿Ves
cuan mal astrónomo has sido?

MAJUELO.

De estraño golfo has salido.

D. GABRIEL.

Busca postas, abre pues;
vamos á ver una cara,
que me alegre descubierta,

MAJUELO.

Dices bien, abro la puerta.

PACHECO.

Si yo ausentaros dejara,
y con descrédito mio,
os sucediese algun mal,
tendrame por desleal
mi señor y vuestro tio.

D. Gabriel.

¿Mal de ausentarme? ¿por qué?

Pacheco.

Aqui encajo la promesa, (Aparte).
que en favor de la condesa
di á doña Leonor: yo sé
que el que esa carta os escribe,
está en Madrid, y que espera,
que esta noche salgais fuera,
donde su rigor os prive
de la vida.

D. Gabriel.

¿Qué decis?
¿don Andrés de mí agraviado?
¿pues yo que ocasion le he dado?

Pacheco.

Bueno es, ¿qué ocasion? ¿venis
obligado de su casa,
por yerno suyo admitido,
habeis el incendio sido,
que en ella su honor abrasa;
quebrantais sacras clausuras,
sacais de ella á vuestra dama,
verificando la fama,
que os dan vuestras travesuras,
veniros aqui con ella:
ingrato la despreciais,
y ahora disimulais
noticias para ofendella?

D. Gabriel.

Si es que os habeis concertado
con quien remata mi seso,
dad todos ahora en eso,
vereisme desatinado:
mas sabed que llevo mal
desaires contra mi honor.

Pacheco.

Conozco vuestro valor,
y á mi dueño soi leal,

sé que vino de secreto
á buscaros don Andrés:
sé que os escribió despues,
sé tambien que es para efecto
de hacer quitaros la vida,
si la mano le neguais
á su hija, y que fé dais
á esa carta, que es finjida.
Sé que está en casa la prenda,
que de Toledo usurpasteis,
y engañada la dejasteis,
porque mas de vos se ofenda,
despues de aposesionado
en su crédula hermosura.
Luego si ahora procura,
advertiros mi cuidado
del peligro en que os meteis,
mas digno soi de alabanza,
que de enojos.

MAJUELO.

Toda es chanza
esta casa.

D. GABRIEL.

¿Vos quereis
enloquecerme del todo.

MAJUELO.

En eso bien poco habrá
que hacer.

D. GABRIEL.

¿Vos sabeis que está
Serafina aqui?

PACHECO.

Y de modo,
que va creciendo su amor
al paso que sois cruel.
¿De qué señor don Gabriel,
sirve, que doña Leonor,
si es Serafina, se venda
hermana de don Luis?

D. Gabriel.

¿Estais en vos? ¿qué decis?

Majuelo.

Barzagas que lo entienda.

Pacheco.

¿Tambien me quereis negar,
que las veces que la visteis,
tampoco la conocisteis?

D. Gabriel.

Hareisme desesperar:
¿cómo la he de conocer,
si nunca la hablé en Toledo?

Majuelo.

Eso yo afirmarlo puedo.

Pacheco.

No son de ese parecer
don Gonzalo, y don Luis.

D. Gabriel.

Mi discurso desatina;
¿pues si es doña Serafina,
y á engañarme no venis:
mi señor, y vuestro tio.
á que propósito ahora
se finje doña Leonor?

Pacheco.

Todo eso puede el amor,
de quien mas que vos la adora,
persuadió á los primos dos,
que cuando supo el camino
de don Gonzalo, se vino,
por no casarse con vos,
tras él, y como os hospeda,
esta casa, disfrazaron
su nombre, y os deslumbraron,
porque de este modo pueda
disponerse la sazon
de su breve casamiento.

D. Gabriel.

Pacheco, sin fundamento

fabricais mi confusion,
porque don Gonzalo afirma,
que yo fui su robador,
y pertinaz en su error
lo mismo don Luis confirma,
en busca suya han andado
todo ese cuarto.

PACHECO.

Advertid,
que quieren con ese ardid,
entre todos consultado,
que de esta casa salgais,
donde os dé don Andrés muerte
para lograr de esta suerte,
el tálamo que estorbais,
que la Leonor verdadera,
del dueño de casa hermana,
debe haber una semana
que está de la corte fuera,
á san Diego de Alcalá
la llevó su devocion,
y en su ausencia esta invencion
materia á aficiones dá.
Don Andrés, que de este esceso
noticia cierta ha tenido
y que vos solo habeis sido
el delicuente travieso,
viene á la corte tras vos,
y por esa carta os llama,
donde restaure su fama,
dandoos las manos los dos,
ó con vuestra muerte lave
la mancha de su opinion.
Por esta misma razon,
don Gonzalo que lo sabe,
finje que siendo su amigo
no ha de consentir su afrenta,
y sacaros de aqui intenta,
trazando vuestro castigo.

A todos cuantos en casa
sobre esta materia hableis,
cohechados los vereis,
y os negaran lo que pasa.
No yo, que en fin soi criado
de vuestro tio, y deseo
que salgais bien de este empleo:
disponed como avisado. Vase.

ESCENA IV.

Don GABRIEL y MAJUELO.

D. GABRIEL.

¿Qué juzgas de este embeleco,
que yo estoi fuera de mí?

MAJUELO.

Que debe de ser asi,
pues que lo afirma Pacheco.

D. GABRIEL.

Pues si á Madrid ha venido
don Andrés, de mi agraviado,
hoi sabrá desengañado
quien es quien le ha ofendido.

MAJUELO.

Mira lo que haces, señor,

D. GABRIEL.

Abre esa puerta, Majuelo,
irele á buscar.

MAJUELO.

Recelo
que nos ha de dar tu amor,
un pan hoi como unas nueces.

D. GABRIEL.

Nunca yo fieros temí;
abre, y salgamos de aqui. (*)

(*) Al abrir la puerta del fondo Majuelo vé
e espaldas á Ortiz, vuelve á salir al escenario,
desaparece la dueña.

MAJUELO.

Abro, y sal, ¡Jesus mil veces!

D. GABRIEL.

¿Tropezaste?

MAJUELO.

Con los ojos.

D. GABRIEL.

¿Pues qué has visto?

MAJUELO.

Que sé yo:
un bulto que se escondió,
autor de estos trampantojos,

D. GABRIEL.

Aumenta con tus locuras
quimeras.

MAJUELO.

¿Yo las aumento?
con luz está el aposento,
y le dejamos á oscuras. (*)
¡Ai! ¿no ves el aparato,
el adorno, ostentacion
con que nuestra habitacion
nos hace esta noche el plato?
Colcha en la cama de china,
sábanas de olanda, nieve
que por los ojos se bebe.
Mas díabla que Serafina
sois vos, pero provechosa,
repara en las almohadas,
guarnecidas, y bordadas
de oro, y seda jenerosa,
de plata los candeleros,
y de damasco el tapete,
que ensoberbece el bufete,
un talegon de dineros,
dos tabaques todos llenos

(*) Abre la puerta del fondo, y hallarán todo lo que se va diciendo.

de conservas, y regalos,
que aunque los diablos son malos,
hai entre ellos, mas, y menos.

D. GABRIEL.

Majuelo, los dos dormimos,
los dos sin duda soñamos.

MAJUELO.

Pues por si, ó por no, comamos
mientras del sueño salimos,
que mas vale algo que nada. (*)

D. GABRIEL.

No ha de haber quien esto crea.

MAJUELO.

¿Qué se duerma de jalea,
y se sueñe de perada?
¡O sueños monjas!

D. GABRIEL.

¿Si hai puerta
en este cuarto, ó ventana,
que salga á esotro?

MAJUELO.

Esa es vana
conjetura, la que abierta
ves que sale á ese patin,
y desde él luego á la calle.
tan solamente has de hallalle
una sala, un camarin,
una alcova, un aposento
en que duermo, hai solo en él,
ten por cierto don Gabriel,
que es todo esto encantamiento:
los criados de tu tio,
posan fuera en el zaguan,
las piezas todas estan,
macizas: cree señor mio,
que andan trasgos por aqui,
ó quien sus pandillas saben.

(*) Saca bizcochos y come.

GABRIEL.

¿Y si acaso hubiere llave,
falsa, ó maestra?

MAJUELO.

Eso si,
mas de estas burlas nos hagan;
¿ sabes en que echo de ver,
que no pueden diablos ser,
los que en dulce dote halagan?

D. GABRIEL.

¿En qué?

MAJUELO.

En que huele á pebetes,
y á pastillas esta sala,
que el diablo siempre regala
con almizcle de cohetes;
pero un papel para ti
hallé entre la ropa blanca,
leele pues no cuesta blanca,

GABRIEL.

Yo estoi loco, dice asi:

LEE.

Poco obliga vuestra estrella,
la prenda que tanto os quiso;
y temo que por remiso,
vengais Gabriel, á perdella,
hablado habeis hoi con ella,
y aunque su noticia os tasa,
vuestra tibieza la abrasa:
mirad que os han de matar,
si salís fuera á buscar,
lo que teneis dentro en casa.

MAJUELO.

¿Otra vez casa? y teneís;
¡ válgate el diablo por Momo!
piensa tú mientras yo como, (Come.)
bizcochos de seis en seis,
si es Leonor la de Toledo

la tal doña Serafina,
ó la condesa vecina
autora de tanto enredo.

ESCENA V.

Estan los dos de espaldas al vestuario; salen por detras doña MANUELA y doña LEONOR cubiertas, y siéntanse en dos sillas, dejando otra vacia en medio; tose doña Manuela para que vuelvan á verlas.

D. GABRIEL.

Mas me ofusco, mientras mas
mis dificultades dudan
quimeras.

MAJUELO.

Aquí estornudan
ó tosen. ¡Jesus! ¡san Blas!

D. GABRIEL.

¿Qué hai de nuevo?

MAJUELO.

Un par de mantos,
que por lo que tienen de humo,
si cuerdamente presumo,
diablos tapan, y no santos.
Amarguito saldrá el sueño,
por los dulces que comimos
si aun está en que dormimos.

D. GABRIEL.

Yo he de salir de este empeño, (*)
averiguando quien son
de tanto embeleco autoras;
pues mis enigmas, señoras,
cual puede ser la ocasion

(*) Siéntase en medio despejadamente.

que honrando esta habitacion
con circunstancias tan raras,
privándonos de las caras,
seais por mezclar rigores,
pródigas en los favores,
y en las bellezas avaras?
No me atrevo á preguntaros
por donde entrada tuvisteis,
pues como dueños pudisteis
de todo aposesionaros.
Deseoso de agradaros,
son tan cortas mis venturas
que ocultándome hermosuras
sus rayos, por nuevos modos,
soles que alumbran á todos,
y á mí me dejan á oscuras.
Las luces bellas y claras
de esos cielos descubrid,
no esté yo solo en Madrid
escomulgado de caras.

MAJUELO.

Corre velos, ¿qué reparas?

D. GABRIEL.

Necio, ten comedimiento.

MAJUELO.

Biombos de este aposento,
duendes, fantasmas ó diablos,
huyendo voi de retablos,
con luto, sin ser adviento. (Vase.)

ESCENA VI.

Don GABRIEL, doña MANUELA, y doña LEONOR, tapadas.

D. GABRIEL.

¿Qué mandais? ¿á qué venís?

¿en qué daros gusto puedo?

D. MANUELA.

Yo vengo desde Toledo.

D.ª LEONOR.

Yo de mas lejos.

D.ª MANUELA.

Cumplís
palabras que reducis
á olvidos tan brevemente,
que apenas estais ausente
de quien os obliga tanto,
cuando el asomo de un manto
le idolatrais pretendiente.

D.ª LEONOR.

Dichosa la que en vos fia
el sosiego de sus llamas,
en Madrid, ya con tres damas,
y estas en menos de un dia;
la que cubierta os espia,
y dificultando empresas,
os engaña con promesas,
que disfrazan pundonores;
ya muerto por las Leonores,
ya loco por las condesas.

D.ª MANUELA.

Si en tantas os dividis,
cuando á ninguna olvidais,
¿á cómo el adarme dais
del alma que repartís?
A ser mercader venís,
confiado en vuestro talle,
de hermosuras, porque os halle
amor, que os vende quimeras,
yendo enamorando á baceros
gran turco de nuestra caile;
apenas es morador
de casa, cuando ecsamina

á la condesa vecina,
y luego á doña Leonor.
¡Oh que pregonero amor!
para los mudos encantos
de tus disfraces y mantos;
si hacerle cuerdo procuras,
dile que en tus escrituras,
no se usan los sepan tantos. (*)

D. Gabriel.

Eso no, damas fiscales,
sin veros, sin descubriros,
vituperarme, y partiros
ocultas, y criminales
en todos los tribunales,
para desmentir dobleces,
muestran su rostro los jueces.
Ya que fulminais mi pena, (Se levantan.)
sepa yo quien me condena,
que eso es castigar dos veces,
siquiera por lo cortés
de mis manos, que al deseo
se oponen, ya que no os veo,
manifestadme quien es
cada cual.

D.ª Manuela.

De don Andres
de Silva soi heredera,
que amante, cuanto lijera,
vine á lograr esperanzas
muertas en vuestras mudanzas,
antes de su primavera.

D. Gabriel.

A correr esa partida
por mi cuenta, mi señora,
yo el deudor, vos la acreedora,

(*) Quiérense ir, y las detiene.

pagárala con la vida:
á un don Gonzalo la pida,
vuestro prodijioso amor,
pues sois en fé del rigor
que esperimento cruel,
Serafina para él,
cuando para mi Leonor.
Bueno es, cuando le seguís,
porque á mi me aborreceis,
que cautelosa busqueis
al mismo de quien huis.
¿A qué efecto me escribis
que os busque en casa, si de ella
el amor que os atropella,
negocia que me despida?
¿O en qué os ofende mi vida,
que tan mal estais con ella?
¿Si mi amor os embaraza,
el que don Gonzalo os debe,
y por ocasion tan leve,
mi muerte por vos se traza?
¿Porqué cuando me amenaza
vuestro padre, que engañarme
con cartas piensa avisarme,
haceis piadosa, severa,
que al punto que salga fuera
esta noche ha de matarm.?
¿Quién vió crueldad compasiva?
¿favores en el desden?
¿celos no queriendo bien?
¿amorosa vengativa?
¿quién conmigo ostentativa
en este alivio, y regalo,
si á vuestro amor no me igualo?
¿O como os tendré por fiel,
celosa con don Gabriel,
si os venis tras don Gonzalo?

D.ª Leonor.

Son vuestras mudanzas tales,

que en nosotras vuestro amor,
por seguiros el humor
se viste afectos iguales;
pero segun las señales,
que en vuestras querellas dais,
sin duda que imajinais,
que las que hablamos con vos
somos las vecinas dos
que arriba solicitais.

D. Gabriel.

En dificultad como esa,
mi amor quien sois adivina.
Vos la Leonor Serafina, (*)
y vos la hermosa condesa; (*)
Vos la que engaños profesa
conmigo, y mi opositor.
Vos la que en fé del amor,
que oculta ayer me mostrasteis,
cerca de san Blas me hablasteis.
Vos Manuela, y vos Leonor. (*)

D.ª Manuela.

¡Qué bien lo habeis acertado!
arriba estan esas dos,
mas descuidadas de vos,
que vuestro amor confiado.
Don Luis enamorado
solicita vuestro olvido;
de suerte favorecido,
de la que mas pena os da,
que casi se juzga ya
su esposo de prometido.
Don Gonzalo en fé que estima
afectos de su Leonor,
mezcla al oro de su amor

(*) A doña Manuela.
(*) A doña Leonor.
(*) Trocandolas.

esmaltes de sangre prima.

D.ª Leonor.

Si no dais fé á tanto enigma,
y quereis por vista de ojos
envidiar tiernos despojos;
subid y nos vengareis,
que en cada cuarto hallareis
visitas que os den enojos.

D. Gabriel.

Señoras, aqui del seso,
que sin razon perseguis,
¿dentro en casa no vivis
las dos?

D.ª Manuela.

¿Pues qué sacaïs de eso?

D. Gabriel.

Imposibles que os confieso,
que intentan temeridades:
¿Son mas que dos las beldades
que la habitan?

D.ª Manuela.

No son mas.

D. Gabriel.

¿Y habrá quien suelte jamas
tan ciegas dificultades?
¿mas que intentais persuadirme,
que á un tiempo las dos estais,
aqui, y allá?

D.ª Leonor.

¿Pues dudais
de evidencia, que es tan firme?

D.ª Manuela.

Pues para que se confirme
¿no basta, y sobra el que entremos
á puerta cerrada, y demos
motivo á misterio tanto?

D.ª Leonor.

Vedlo, subid, que entre tanto
las dos os aguardaremos.

D.ª Manuela.

¿Mas qué nos juzga hechiceras
su desacordado amor?

D. Gabriel.

No sé; mas ¿doña Leonor,
no está en Alcalá?

D.ª Leonor.

¡De veras!
qué ¿dais fé á tales quimeras?

D.ª Manuela.

Habraos Pacheco engañado.

D. Gabriel.

¿Luego no se ha trasformado
Serafina en ella aqui,
por deslumbrarme?

D.ª Manuela.

No, y si.

D. Gabriel.

No, y si: ¿y esto no es soñado?

D.ª Manuela.

Idlo á ver, que aqui esperamos.

D. Gabriel.

Si primero os descubris,
y veros me permitis.

D.ª Leonor.

No en valde nos ocultamos,
mas podrá ser que os hagamos
á la vuelta ese favor.

D. Gabriel.

Si la condesa, y Leonor
sois las dos, que no lo creo,
y cuando aqui arriba os veo;
en fin permitis que viva,

ó loco, ú desesperado.

D.ª Leonor.

Quede aquí vuestro criado,
con nosotras, y cerrad,
con llave.

D. Gabriel.

Ciega deidad,
sácame de este cuidado. Vase.

ESCENA VII.

Doña Manuela, doña Leonor, y Ortiz.

Ortiz.

Bien nuestra traza se apoya.

D.ª Manuela.

Pues lo mejor de ella estriva (se descubren.)
en que nos halle ahora arriba
don Gabriel.

Ortiz.

Por la tramoya
del techo es breve el atajo.

D.ª Manuela.

Injenioso fué el autor;
pero subamos Leonor.

Ortiz.

No os deis prisa, que aqui abajo
hai quien le ocupe y no poco.

D.ª Manuela.

¿Cómo asi?

Ortiz.

Vuestro escudero
para que llegueis primero
está volviéndole loco;
harale ahora creer
por lo viejo redomado
en virtud de lo trazado,

que don Luis entró á ver
á mi señora, y que están
mas ha de una hora en visita,
y que tambien solicita
dueño ya, mas que galan
don Gonzalo á Serafina,
que finjiéndose Leonor
desde Toledo su amor
por este monte encamina;
con que el pobre don Gabriel
ha de echar por esos trigos,
¿ mas porque tantos castigos,
y tan terrible con él,
señora, vueseñoría?
Acábense enredos ya.

D.ª Manuela.

De esta suerte estimará
mas, Ortiz, la pena mia.

Ortiz.

¿ Pues es justo si le adoras,
que le enloquezcan engaños?

D.ª Manuela.

Por él padecí dos años,
padezca por mi dos horas;
y ven, no nos eche menos.

D.ª Leonor.

Aguarda tú aqui al criado.

ESCENA VIII.

Vanse, llevándose una de las dos luces, Ortiz, se echa el manto á la cara y sale Majuelo.

Ortiz.

¡ Cielos, tras tanto nublado,
salíd esta vez serenos!

MAJUELO.

Mandadme señoras mias.
¡Como! ¿aqui no estaban dos?

ORTIZ.

Dos estamos.

MAJUELO.

Vive Dios
que paren las tropelias;
¿dos estais?

ORTIZ.

¿Pues no lo veis?

MAJUELO.

Yo tan solo una diviso,
que sois vos, el diablo quiso
volverme acá.

ORTIZ.

No burleis:
¿á mi lado no advertis,
que os habla mi compañera?

MAJUELO.

¿Habla?

ORTIZ.

Que os habla, y quisiera,
porque os ama.

MAJUELO.

¿Que decis?

ORTIZ.

Veros con mas voluntad

MAJUELO.

¡Jesus! á puerta cerrada
mi pureza requestada:
yo he cegado por mitad,
¿cual será de estos dos ojos,
el privado de la vista?

ORTIZ.

Para su esposo os conquista,
dad alivio á sus enojos,
respondedla, que deseo

que enriquezcais de este modo.

MAJUELO.

Dama, con cáscara, y todo
sola á vos os oigo y veo.

ORTIZ.

Acabad: ¡qué rustiqueza!
ved que está hablando con vos.

MAJUELO.

Sereis ċomo real de á dos
duplicado en una pieza,
porque yo no veo mas que una,
que sois vos, y esa en bosquejo
á fuer de tapa de espejo. (*)

ORTIZ.

Asi no vereis ninguna.

MAJUELO.

¡Jesu Cristo!

ORTIZ.

¿Qué recelas?
Yo te he cobrado aficion.

MAJUELO.

Mujer de descomuiion,
¡marido á mata candelas!
no se han de poder lograr;
apelo hasta ver el dia.

ORTIZ.

Yo no otorgo.

MAJUELO.

Que seria (Aparte.)
si me quisiesen forzar.
Señora, que estoi doncello.

ORTIZ.

Yo viuda.

MAJUELO.

¿Luego hai tambien

(*) Apaga la luz, y cójele del brazo, descubriéndose.

diablas viudas ?

ORTIZ.

Mucho bien
te aguarda.

MAJUELO.

No vengo en ello.

ORTIZ.

Pues morirás por grosero,
en aquesta obscuridad.

MAJUELO.

Aqui de mi honestidad,
diablo sucubo nochero.

ORTIZ.

Tengo dote, y opinion,
que te baste á enriquecer.

MAJUELO.

Si me enduendan la mujer,
dotaránmela en carbon.

ORTIZ.

Determinate á morir,
ú á darme la mano luego. (*)

MAJUELO.

¡Ai que manteca! y sin fuego
empiézome á derretir,
digo, señora, demonio,
que si la fachada vemos,
como ahora no consumemos
nuestro limbo matrimonio,
que saldrá con sus despachos,
mas ha de contar de miembros
Adanes, que hai diablos hembras
que buscan requiebros machos.

ORTIZ.

Sígame, pues, el Majuelo.

MAJUELO.

¿Donde me llevas á oscuras?

(*) Tomale la mano.

ORTIZ.

A hacer nuestras escrituras.

MAJUELO.

¿Sin luz?

ORTIZ.

Daránosla el cielo.

MAJUELO.

Sí, pero no al escribano,
que cual, ó cual allá acierta.

ORTIZ.

Ven.

MAJUELO.

Con llave está la puerta. (*)

ORTIZ.

No importa, daca la mano,
ve subiendo poco poco.

MAJUELO.

Apariencita de escala,
al techo desde la sala; (Ap.)
di en la chanza, ó estoi loco.

ESCENA IX.

SALA DE CASA DE DOÑA MANUELA.

Doña MANUELA y don LUIS.

D.ª MANUELA.

Sentaos, señor don Luis,
que si se logra esta traza,
y los dos huéspedes vuestros
la creen por vos, sereis causa
de toda nuestra quietud.

(*) Entranse por la puerta del fondo, y dice desde él.

D. Luis.

Dándome vos esperanzas,
hermosísima señora,
de las dichas que me aguardan,
¿qué no haré en vuestro servicio?

D.ª Manuela.

¿Estaís bien en todo?

D. Luis.

Basta
ser orden de vuestro gusto,
para que quede en el alma
esculpido eternamente;
pero lo que se repasa,
sale siempre mas airoso.
Vuestro injenio, en fin, me manda
que á don Gonzalo Mejía,
como á don Gabriel Zapata,
cuando ahora á veros entren,
industrioso les persuada
que la ausente Serafina
con el nombre se disfraza,
porque á don Gonzalo quiere,
de doña Leonor, mi hermana,
que esta salió de esta corte
seis dias ha á cumplir palabras
dadas á Dios y á san Diego:
que la dicha toledana,
por no violentar su gusto
en don Gabriel, inclinada
á don Gonzalo le sigue,
aunque peligra su fama;
que por él dejó el colejio,
y que á mi sombra se ampara,
en fé del noble respeto
con que me ofrezo á ayudarla;
aseguraisme con esto
que don Gonzalo que la ama,
obligado á sus finezas

y á mis ruegos, ha de darla
la mano al punto de esposo.
Decisme que honestas llamas,
desde que á mi casa vino,
á Leonor el pecho abrasan,
que os hizo su protectora,
y que si los dos enlazan
coyundas que el amor teje,
no será menor la paga,
de mi afable permision,
que el mereceros el alma,
por mi esposa, y por su dueño,
y segun es la ganancia,
cuando yo no conociera
calidad, y prendas tantas,
en don Gonzalo Mejia,
por vos las atropellara.

D.ª MANUELA.

Mui bien estais en el punto:
que vengan ahora falta,
don Gonzalo y don Gabriel,
y que nuestra industria salga;
mediante vuestro artificio,
pacífica y sazonada.
¡Ola! ¿no hai alguno allí fuera?

ESCENA X.

Don LUIS, doña MANUELA y NUÑEZ.

NUÑEZ.

¿Qué es lo que vuesiria manda?

D.ª MANUELA.

¿Qué hace vuestra señora?

NUÑEZ.

Con su primo ahora estaba,
en su cuarto de visita.

D.ª Manuela.

Decidla, pues, que la aguarda
conmigo el señor don Luis,
que la suplico nos haga
favor de dejarse ver.

Nuñez.

Voi.

D.ª Manuela.

Y que si la acompaña
don Gonzalo, primo suyo,
será la merced colmada.

ESCENA XI.

Don Luis, doña Manuela y don Gabriel.

D. Gabriel.

Evidencia salió todo, (Ap.)
cuanto las ocultas damas
me han dicho: yo hallé en visita,
con la Serafina ingrata,
al que ciega favorece;
aquí don Luis alcanza
fineza contra mi envidia:
salió mi sospecha falsa,
juzgando ser unas mismas
las que abajo me enmarañan,
y las que aquí me desdeñan:
sáqueme Dios de esta casa. (*)

D.ª Manuela.

Don Luis, ahora es tiempo.
Señor don Gabriel Zapata,
¿qué se ofrece en que serviros?
¿qué mandais aqui?

D. Gabriel.

Buscaba

(*) Se levantan doña Manuela y don Luis.

alivios, y encuentro penas,
perdónese mi ignorancia,
que en desvelos divertido
la atencion me desbaratan. (*)

D.ª MANUELA.

No os vais, sentaos.

D. LUIS.

Aqui hai silla.

D. GABRIEL.

No me atreveré á ocuparla,
por no pecar de grosero,
que visitas duplicadas,
aspiran á posesiones,
y si pretendo estorbarlas
habrá quien de mí se queje.

D.ª MANUELA.

Mucho tiene de villana
la malicia, y siendo noble
vuestra calidad me espanta,
que mi honor tampoco os deba.

D. LUIS.

Ya os he dicho.

D.ª MANUELA.

Don Luis, basta:
sentaos, y hacedme favor,
de que esta vez la templanza
venza en vos á las sospechas.

ESCENA XII.

Los precedentes que se sientan, MAJUELO y ORTIZ en cuerpo.

MAJUELO.

¡Valgate el diablo por trampa,

(*) Se quiere volver.

escotillon, ò abertura!

ORTIZ.

Majuelo, si aqui no callas
nos perdemos.

MAJUELO.

En la boca
me echaste la dicha tapa.

ORTIZ.

¡O señores! bien venidos.

ESCENA ÚLTIMA.

Los mismos, que se levantan al entrar don GONZALO y doña LEONOR.

D.ª LEONOR.

Por orden vuestra nos llaman,
y quien serviros desea
peca el instante que tarda.

D. LUIS.

Don Gonzalo, en fé de amigo,
porque mi piedad se encarga,
de quien por vos puso á riesgo
créditos que el vulgo arrastra
quiero descifrar enigmas.
La prenda que os acompaña,
de vuestro amor acreedora,
no es como juzgais, mi hermana.
Doña Leonor está ausente.
doña Serafina aguarda
de finezas que os intimo,
reciproca, y noble paga.
La misma es que llamais prima;
criose con vos, las casas
de vuestro padre, y el suyo
sazonaron por cercanas
pueriles correspondencias,

que amor, si niño se arraiga,
sola la muerte le olvida,
eternas duran sus llamas:
quiérete tanto, que rehusa
los imperios de las canas
de su padre, y aborrece
sin vos coyundas del alma.
seguido os ha, hasta esta corte,
valiéndose de mi casa,
que por ser vos tan mi amigo,
la aseguró su esperanza
que os habia de hallar en ella;
y el amor que se adelanta
en fé que vuela á las postas,
la trujo sobre sus alas,
antes que á vos, á este hospicio.
Segun estas circunstancias,
adorareisla, no hai duda,
y noble á finezas tantas,
liberal, y jeneroso,
ya querreis desempeñarlas,
¿qué decís?

D. Gonzalo.

Que á permitirlo
la parte, que interesada,
palabras de esposo alega....

D. Gabriel.

Nunca mi amor embaraza
voluntades que Dios hizo:
dueña de si, esa palabra
jenerosamente os suelto,
que á mi no lejos me aguardan
dichosas ejecuciones
de otra hermosura.

D. Gonzalo.

Logradla
años que conteis á siglos,
mientras que yo con el alma

doi la mano al mismo sol.

D. GABRIEL.

Tendrá envidia cuando salga.

D.ª MANUELA.

Pagais como jeneroso;
pero por ser de importancia
lo que preguntaros quiero,
decid, ¿ si la toledana,
sin salir de sus retiros,
sustituyese sus gracias
en la que teneis presente,
siendo de don Luis hermana;
dirimireis desposorios?

D. GONZALO.

La dificultad es árdua,
mas no sé cuando asi fuera,
si en su belleza olvidara
mi amor, los de mis niñeces:
pues huesped yo de su casa,
tan mi amigo don Luis,
mi dicha con ella tanta,
cobraria, á no admitirla,
mi opinion nombre de ingrata.

D. LUIS.

Pues esta es doña Leonor,
don Gonzalo, á cuya causa,
si fuisteis primo finjido,
ya mayor deudo os enlaza.

D. GONZALO.

Bien, ¿ mas doña Serafina?

D. LUIS.

Haced cuenta, que en estatua
se ha desposado con vos,
pues ni sabe lo que pasa,
ni ha salido de su encierro.

D. GONZALO.

Si mejoran mis mudanzas

de empleos, ¿que maravilla,
que intente mi amor lograrlas?

D.ª Manuela.

Ya aqueste par de piehones
estan pareados, vayan
al palomar, y otros vengan,
que el eneanto se remata.

D.ª Leonor.

Pagar quiero á la Condesa
finezas en que empeñada
estoi; déla don Gabriel
la mano, que asi se igualan
correspondientes amigas.

D. Gabriel.

A merecer yo obligarla.....

Ortiz.

Mucho ha que sois el mandon
de sus firmes esperanzas.

D. Luis.

¡Cómo don Gabriel! Primero.....

Ortiz.

Chiton, señor, á la espada,
que ha dos años que en Sevilla
mi señora, aunque reeata
pasiones, amante honesta
le tiene tan en el alma,
que no se le saearán
diez pistolas catalanas.
Ella el artífiee fue
de todas estas marañas;
la de San Blas, el bolsillo,
y la que á puertas eerradas
se entra, y sale cuando quiere.

D. Gabriel.

Eso solo es lo que falta
saber que me trae confuso.

Ortiz.

Ya lo saben los que bastan,

tiempo á los demas les queda.

D. Gabriel

¿Y las que abajo me aguardan?

D.a Leonor.

Aqui las teneis presentes.

D. Gabriel.

¿Cómo puede ser?

D.a Manuela.

Las trazas
de amor, sino hacen prodijios,
ni se estiman, ni se alaban:
sabreis brevemente el como.

D.a leonor.

Hermano, la toledana
de estos lances inocentes,
es espejo de su patria.
Consolaos, y con su viejo
la pretended, que si se hallan
virtud, caudal, y belleza,
con nobleza, es dicha rara.

D. Gabriel.

Corra por mí vuestra agencia.

Ortiz.

Majuelo, la mano encaja.

Majuelo.

Poco vá de dueña á duende,
cigüeñízome en tu olanda.

D. Gabriel.

Y vos en cuyo silencio,
dueño hermoso, prenda cara,
aprendo á callar finezas,
por no saber ponderarlas,
estad cierta que he de ser...

Ortiz.

Etcetera, que esto basta,
á saber lo que sucede,
en Madrid, y en una casa